

AROLAS, JUAN (1805-1849)

*LA SÍLFIDA DEL ACUEDUCTO:*

*(Poema romántico en diferentes cuadros)*

ÍNDICE:

Advertencia  
Dedicatoria  
Introducción  
(Los cipreses)

I Los votos  
II El cantor  
III Los libres  
IV Las bodas sangrientas  
V La gitana  
VI El calabozo  
VII El ermitaño  
VIII La cruz  
IX La amistad  
X El acueducto  
XI Las dichas  
XII El cementerio  
XIII La inhumanidad  
XIV El veneno  
XV El año veinte  
XVI La expulsión  
XVII El sepulcro

ADVERTENCIA

Siempre ha sido sorprendente a los ojos de los curiosos viajeros el magnífico Acueducto de Portaceli, que fue construido en tiempo de los Reyes Católicos con el objeto de conducir al monasterio las aguas que nacen en el monte contiguo; pero ¿cuánta admiración no debe producir en el hombre contemporáneo el valor de una muger que, poseída del más violento amor, se atrevió a recorrer la altura del Acueducto, despreciando los precipicios que ofrece por ambos lados, con el fin de introducirse en el monasterio, y pisar el lugar santo destinado únicamente a escuchar los gemidos de la penitencia y las alabanzas del Altísimo?

Ésta es la tradición de los antiguos monges, y éste el asunto que ofrece la presente obrita: asunto verdaderamente digno de mejor estro y más templadas cuerdas; pero el deseo de que tenga publicidad un hecho tan memorable me ha movido a apartar los ojos de mis débiles fuerzas para cantar el atrevido esfuerzo del amor y el fin desgraciado de una belleza dotada de un corazón privilegiado, y de unos sentimientos casi incompatibles con la debilidad del sexo encantador que forma las delicias del hombre y endulza los amargos pesares de su vida. Si su fin arranca lágrimas tristes, su heroísmo produce la admiración y el entusiasmo, y las cuerdas de la lira se prestan con facilidad a cantar sus breves dichas y tributar flébiles ayes a sus desgracias.

Si su triste historia interesa a los corazones sensibles, quedan recompensados los deseos del autor.

## DEDICATORIA

En vano pretendéis, musas de Iberia, que sea yo el cantor de los placeres, y que mi cabello cayendo en desmayados rizos, compita con el del hermoso Iopas, discípulo del grande Atlas en la armonía y en el canto. Mi voz siempre ha sido triste, y no recorre el peine de marfil mis cabellos erizados con el espanto desde que el sepulcro devoró mis glorias. Niño aún, sin conocer el entusiasmo eléctrico de la libertad, compuse versos a una mariposa ataviada con los más vivos colores, corrí ansioso tras ella hollando las flores más bellas del jardín, y ofrecí al espectador la viva imagen del que, dominado por el hijo de Citeres, se afana por una inconstante beldad, deshojando las rosas de su lozana juventud. Canté también las delicias de la soledad porque no debí a la fortuna más placeres que los del campo, después que con la dorada niñez perdí los de la preciosa inocencia. ¿Podré cantar delicias y amarguras del amor? Un sepulcro sencillo es todo trofeo de mi pasión malograda; a su pie nacen con la luz de la aurora unas flores pálidas que han de morir con el día, y que simbolizara mi desgracia.

¡Oh tú, tan sorda a mis gemidos como el mármol que cubre tus cenizas, inocente y desventurada cuanto hermosa, en buen hora habites los celestes climas! Después de tu partida, sensible Leonor, la tierra que te vio nacer se manchó con sangre de sabios y de guerreros: fue un insulto hecho a la tiranía llorar los asoladores males; los pechos más fuertes ahogaron sus gemidos. No te fuera dado vivir escuchando los ayes de las víctimas, tú no hubieses respirado un aire inficionado con los hálitos de todas las furias.

¡Oh, Leonor! El cielo que te robó a los días del llanto, te ha negado las auroras bellas del entusiasmo y de la alegría. El Reinado de un ángel forma la felicidad de tu Patria, y los alumnos de Marte se muestran pródigos de sus vidas por ISABEL y por la Libertad. Entre los bélicos gritos de honor y gloria, distraída mi musa de los combates, quiso consagrarse al amor. ¡Ah! Tú no escucharás sus cantares. Pero a ti debe consagrarlos mi afecto. Sus tonos melancólicos son propios para formar la armonía de los sepulcros, para resonar como cántico de muerte en los cóncavos osarios.

La tumba no recibe dones sino de la Parca cruel; sin embargo, tu sombra enamorada, mientras la noche tranquila tienda su manto, presidirá a mis humildes y lúgubres canciones.

## INTRODUCCIÓN

### *Los cipreses*

*Amor, ¿dónde irá el deseo  
Que no se encuentre contigo,  
Si huyendo de ti parece  
Que te busca el albedrío?  
¿Quién te ha de vencer, si saben  
Fabricar tus desvaríos  
Una libertad postrada  
De un afecto resistido?  
-SOLÍS*

Al que cansado de apurar dolores  
suspira todo un día,  
tú puedes dar con tibios resplandores  
consuelo, noche umbría,

porque tu soledad y tu frescura

es refrigerio amado  
cuando sufro el desdén de la hermosura  
que tiene esclavizado

mi tierno corazón... Mas ¿cómo, ¡ay, triste!  
puedo fijar mi planta  
en un recinto do perenne asiste  
virtud austera y santa?

¿Cómo puedo olvidar que, en los festines,  
tañer laúd divino  
y respirar el aura en los jardines  
fue todo mi destino?

¿Acaso puede el que al amor vendado  
sirvió con firme anhelo  
pisar del cenobita retirado  
el misterioso suelo?

¡Vano temor! Al punto en que nacemos,  
apenas la luz vimos,  
del vasto globo el seno poseemos,  
en tanto que vivimos,

y la madre común en que moramos  
nos abre sus entrañas,  
cuando al finar la vida desechamos  
las penas más extrañas.

Aquí todo respira aquella calma  
que tanto necesita,  
después del duro padecer, un alma  
a quien amor agita.

La blanca luna despejada queda,  
anima sus fulgores,  
y blandos sueños mueve con su rueda  
para calmar dolores.

Pero ¿por qué desnuda de riqueza  
se muestra aquí natura,  
y sólo ostenta funeral tristeza  
sin vida y sin cultura?

Proscrita está la rosa de Citeres,  
la anémone olorosa  
y el mirto, consagrado a los placeres  
en la estación dichosa;

ni tú, arbusto feliz, que al solar rayo  
como enemigo miras  
y, dejando de noche tu desmayo,  
un grato olor respiras,

ocupas este sitio pavoroso:  
aquí de bellas flores  
no publica el egército vistoso  
Que reinan los amores.

Sobre sólido asiento se levanta,  
de mármol fabricada,  
la cruz de los cristianos sacrosanta,  
y en ella está entallada

por diestra mano, con buril de acero,  
la corona de espinas  
que del Padre común y verdadero  
ciñó sienes divinas.

Del recio pedestal, por las juntas,  
estéril musgo asoma  
que, cuando llueve, con las aguas puras  
aumento débil toma.

Y en torno de la cruz están pendientes  
pechos, piernas y brazos  
de cera y de tamaños diferentes,  
prendidos de unos lazos,

que el devoto aldeano allí pusiera  
después de su dolencia,  
porque logró con voto y fe sincera  
La celestial clemencia.

Dos simétricas calles van formando  
cipreses elevados,  
que atónita la vista va observando  
por orden colocados.

Aquí y allá pequeñas capillitas  
el arte puso a trechos;  
del Salvador, imágenes benditas  
a los humanos pechos

mueven a compunción; el alma adora  
en santas estaciones  
al hijo de María, y triste llora  
las bárbaras pasiones

que agitan sin descanso nuestra vida...  
¡Lucha cruel, tremenda!  
a las olas del ponto parecida,  
que están siempre en contienda.

Mas ¿cómo en un ciprés que el astro hermoso  
con bella luz visita,

la señal de un amor no religioso  
estoy mirando escrita?

Surco profundo en la tenaz corteza  
labró una mano linda  
para formar con singular belleza  
el nombre de ORMESINDA.

En los bosques de Arcadia, los pastores  
los nombres escribían  
del objeto gentil de sus amores,  
y el tiempo entretenían

en tan sencilla ocupación; mas ésta  
no es la mansión de Armida  
ni de Pafos o Tempe la floresta  
Que a distraer convida.

Es el retiro que el mortal cansado  
del mundo y sus engaños,  
cual puerto segurísimo, ha buscado  
para evitar mil daños:

con ayunos y dura penitencia  
su carne mortifica,  
y a los miembros que amaron continencia,  
cilicio duro aplica.

Absorto en elevados pensamientos.  
suspira por la gloria,  
vencerse a sí son todos sus intentos  
y tal es su victoria.

¿Cómo, pues, si el amor está proscrito  
en este santuario,  
en el ciprés hermoso veo escrito  
un nombre temerario?...

Mientras discurro así, nube importuna  
oculta el disco hermoso  
de la esplendente y sosegada luna  
con ímpetu furioso;

caen las densas sombras de repente,  
las letras desaparecen,  
la congoja mortal turba mi mente,  
y mis temores crecen.

Pero una voz, a un trueno semejante,  
se deja oír entonces,  
cual estampido horrendo y penetrante  
de disparados bronces:

«¡Sitio de maldición. En lobo hambriento  
se convirtió el cordero,  
y la paloma que alegraba el viento  
en buitres carnívoros!

»Las aras de la paz se han profanado,  
destilan sangre humana.  
¡Ay de aquel hombre vil que ha provocado  
Venganza soberana!

»Tú, mortal infeliz, que refrigerio  
buscas a tus cuidados  
bien puedes penetrar del monasterio  
los muros elevados;

»Penetra, en fin, porque será tu canto  
quien diga a las edades  
de un prohibido amor cuál fue el encanto  
en estas soledades;

»Cuál el trágico fin, y que Cupido  
los seres avasalla,  
porque al arpón agudo y encendido  
no hay quien oponga malla.»

Cesó la voz, tornó la luz perdida,  
los céfiros soplaron  
y los altos cipreses, conmovida  
la verdinegra punta, se inclinaron.

## I. LOS VOTOS

*Quien es de amor prisionero  
No salga de su mandar,  
Que no le ha de aprovechar.*  
-JUAN DEL ENCINA

Apenas con sus lágrimas hermosas,  
que penden de los cálices floridos,  
la esposa de Titón baña las rosas,  
cuando de un monasterio solitario  
los bronces conmovidos  
resuenan en el alto campanario.

Fresca espadaña, lirios y berbena  
alfombran el precioso pavimento,  
en donde el Dios que los espacios llena,  
y que reprime al mar en sus furiosos  
tiene el trono y asiento,  
para escuchar al hombre en sus dolores.

Al pie del tabernáculo sagrado

se encienden las antorchas luminosas  
y el aroma sabeo delicado  
del brasero de oro, en blanca nube  
de esencias olorosas  
hasta las altas bóvedas se sube.

Sale de la espaciosa sacristía  
de venerables monges larga hilera,  
y, haciendo una profunda cortesía,  
ocupan poco a poco el presbiterio,  
mientras que se apodera  
de un sitio el abad del monasterio.

Postrado ante el altar, la faz llorosa,  
lánguido el cuerpo en triste compostura  
y con la vista errante y temerosa,  
Ricardo asiste, que en la edad florida  
de gracias y hermosura  
es la inocente víctima ofrecida.

Como pimpollo regalado y tierno  
que diestra mano cultivó en el prado,  
mustio y sin vida en aterido invierno,  
al pantanoso suelo el tallo inclina,  
de adorno despojado  
y objeto doloroso de ruina.

Tal fue el doncel, cuando la parca impía  
privóle de una madre y del contento;  
Emilia se llamó, su boca fría  
pegada al rostro del garzón querido  
rompió el vital aliento  
y huyó el alma a los reinos del olvido.

El fanático padre, a quien natura  
tal título cedió sin que le diera  
juntamente el cariño y la ternura,  
ante el cadáver deteniendo al hijo,  
con actitud severa,  
«Mira, infeliz, lo que es el mundo», dijo.

«Esta te dio la vida con dolores,  
y te nutrió en su seno regalado;  
la has perdido, no existe, que, aunque llores.  
no volverá a la luz del claro día.  
¿Y sabes, desgraciado,  
si logra de los justos la alegría?

»La paloma más simple no aparece  
ante el supremo Juez hermosa y pura:  
la que un estéril llanto te merece,  
te merezca devotas oraciones  
metido en la clausura

y libre de funestas tentaciones.

»En una celda pobre y retirada  
asistido de santos compañeros,  
abrirás a tu madre la morada  
de la gloria y delicias eternas;  
por bienes verdaderos,  
trocarás en el claustro duros males.

»No puedes compensar de mejor modo  
su tierno amor y singular esmero:  
el mundo es corrupción, el hombre lodo,  
breve la vida y el instante incierto.  
¡Dichoso el que ligero  
Huye la tempestad y llega al puerto!

»¡Mira Ricardo, mira! ¡Un fuego ardiente,  
con que se ha de purgar breve extravío,  
a Emilia abrasa, y con afán doliente  
te pide ayuda en tan penoso trance!  
Di, ¿qué haces, hijo mío?...  
Tu vida austera su perdón alcance.»

Dijo, y se fue cual víbora que pica  
Y se esconde en la hierba humedecida.  
¡Qué horror! Ricardo a su cabeza aplica  
Las manos que el temor yertas dejaba,  
y su frente oprimida  
mortales gotas de sudor manaba.

Resuélvese sin duda al sacrificio;  
mas ¡ay!, tres lustros sin amor, apenas  
será dado encontrar, que el Dios propicio  
mira la verde edad y la hermosura,  
y el fuego que en las venas  
circula activo, hasta el sepulcro dura.

Renunciar para siempre al dulce encanto  
de amar y ser amado es dura cosa:  
un pecho juvenil no puede tanto,  
olvidar para siempre es imposible.  
¡Oh lucha dolorosa!,  
más valiera morir que ser sensible.

Pero cuando la noche se avecina  
lanzando sueños de su negro manto,  
en vano sobre el lecho se reclina  
para olvidar tan crudos sinsabores;  
las furias y el espanto  
con mentido pincel trazan horrores.

Consume el lecho repentina llama,  
y de su madre el lívido esqueleto



con tristes voces a Ricardo llama;  
lanzarse quiere, y duros eslabones  
mantiénenle sujeto  
hasta que abraza en fin negros carbones.

Trocar todo el hechizo de su amada  
por soledad, ayuno y penitencia,  
por un sepulcro eterno su mirada,  
y el colmo del placer por un cilicio,  
es bárbara sentencia,  
es tortura de muerte, es un suplicio.

Venció el temor de provocar enojos  
en el pecho de un padre despiadado,  
llenos de llanto sus hermosos ojos,  
salió de la ciudad, buscó el convento,  
y el hábito sagrado  
vistió, más con dolor que con contento.

Y como ya cumpliera el noviciado,  
es fuerza ante las aras religiosas  
dejar el holocausto consumado  
con solemne renuncia de los gustos  
y corruptibles cosas,  
lejos del mundo entre los hombres justos.

El corpulento abad, con voz sonora  
que en las capillas cóncavas se espacia,  
mientras el joven agitado llora,  
le exhorta a consumir el sacrificio,  
y cual unción y gracia,  
Contempla el largo llanto del novicio.

«Aquél que habita en Sión sagrada  
los santos muros, exclamó, no debe  
a la tierra de Egipto desgraciada  
volver con el mundano pensamiento;  
porque si atrás se mueve  
con temerario pie, cayó al momento.

»El Señor os admite en sus moradas,  
estáis dentro del Arca misteriosa,  
donde las inconstantes oleadas  
hundiros no podrán en lo profundo;  
el alma aquí reposa  
libre del mal con que se infesta el mundo.

»Sea vuestra pureza semejante  
a la del querubín, el leve aliento  
empaña el cristal terso y rutilante,  
y, si fue por desgracia consentido  
impuro pensamiento,  
mancha el alma del mísero caído.

»Os toca obedecer tan ciegamente,  
que jamás la razón ponga en balanza  
lo que os mandare Dios omnipotente  
por boca del prelado, y vuestro antojo;  
que el obediente alcanza  
hasta templar el celestial enojo.

»El Redentor clavado en un madero,  
desnudo, pobre, pálido, espirante,  
os marca sin cesar aquel sendero  
que conviene a los místicos varones:  
permaneced constante  
Y os ayudad con puras oraciones.»

Calló el abad; la santa compañía  
con un canto monótono y pausado  
entonó la piadosa letanía,  
esforzando los monges el acento  
que como el ponto airado,  
iba en disminución, iba en aumento.

Después de breve pausa, invocan todos  
el auxilio del Espíritu divino,  
Aquél que un tiempo, en milagrosos modos,  
de la Iglesia sin mancha y verdadera,  
sobre el Senado vino  
para fortificar la fe sincera.

Llega Ricardo a su fatal momento,  
se aproxima a las aras vacilante  
y tiembla, como a vista del tormento  
un esclavo infeliz temblar pudiera,  
se muda su semblante  
y oprime el corazón angustia fiera.

Jurar solemnemente en los altares  
execración y olvido a la que adora,  
a la que mitigaba sus pesares,  
no puede, no, que siempre ha detestado  
la ingratitude traidora,  
y ni puede olvidar, ni ser malvado.

Si quiere hablar, acorde con el labio  
no late el corazón ni lo consiente,  
ni puede al alto cielo hacer agravio  
con vil simulación o con mentira;  
mortal angustia siente,  
duda, teme, se atreve y se retira.

A media voz, mezclada con sollozos  
promete castidad; mas, ¡ay!, entonces,  
desatado del duro calabozo

domina el huracán, y se golpean  
las puertas con sus bronces,  
cual si impulsadas de las furias sean.

Un estruendo feroz las expresiones  
sofoca de la víctima inmolada,  
se apagan de repente los blandones  
y retiembla el marmóreo pavimento:  
naturaleza airada,  
si lo escuchó, no aprueba el juramento.

Burlóse amor de la promesa odiosa  
con maligna sonrisa, y agitando  
Las alas de pintada mariposa,  
al lanzarse en los brazos de Ciprina  
el caso fue contando  
con enojo pueril y voz divina.

Atónito el prelado, bien quisiera  
suspender de aquel acto religioso  
la ceremonia santa, considera  
tamaña novedad como un portento,  
pero al designio honroso  
el interés se opone del convento.

El padre de Ricardo prometía  
cuantiosas sumas en piadosa ofrenda  
legar al monasterio en este día,  
y un olivar fecundo renunciaba  
de su abundante hacienda,  
con que al gasto de luces sufragaba.

Dijo, pues, con un tono magestuoso:  
«El común enemigo se resiente  
de tu esfuerzo y virtud, joven dichoso,  
pero su furia a la piedad no asusta:  
tu Dios está presente,  
prosiga, pues, la ceremonia augusta».

Con negra alfombra dejan bien cubierto  
a Ricardo infeliz ante las aras  
para indicar que al mundo estaba muerto,  
a la pompa del siglo, a la grandeza  
y a las delicias caras,  
con que brinda a los vivos la belleza.

Comienza el canto fúnebre que hiela  
la sangre con sus ecos funerales,  
la imagen del sepulcro desconsuela,  
y el que yace en tan triste compostura  
duda, en momentos tales,  
si su muerte es soñada, o si es segura.

Se levanta apoyándose en los brazos  
de un lego robustísimo que asiste,  
recibe del abad tiernos abrazos,  
del grave lance y turbación respira,  
pero, lloroso y triste,  
sigue tras los demás y se retira.

## II. EL CANTOR

Pregunté ¿por qué facedes,  
Señor, tan esquivo duelo,  
O si puede haber consuelo  
La cuita que padescedes?  
Respondióme, non curedes.  
Señor, de me consolar,  
Ca mi vida es querellar  
Cantando así como vedes.  
(Poesías castellanas  
anteriores al siglo XV.)

Siquis dormida, sobre blandas alas  
De los ligeros céfiros llevada  
a la gruta do amor su arribo espera;  
es bella, es dedicada,  
es en extremo linda,  
pero no es la primera  
al lado de Ormesinda.

Esta debe a los cielos cuando puede  
ansiar el corazón en la hermosura:  
las rosas y la nieve en su semblante,  
perfecta donosura  
en su conjunto airoso  
y en su mirada errante  
las gracias y el reposo.

Cual en rosal nativo balancea  
su capullo la rosa en la alborada,  
cuando las negras sombras han huido,  
la ninfa regalada  
así el virgíneo seno  
ostenta enriquecido  
y de delicias lleno.

En tan bonita cárcel prisionero  
respira un corazón enamorado,  
a la par que sensible, generoso,  
que para ser amado,  
causando los placeres  
de algún mortal dichoso,  
formaste tú, Citeres.

Mas, ¡ah!, el claro amador de Larisea  
de un año la carrera concluía  
sin haber aliviado su luz pura  
la pena que afligía  
a la doncella hermosa,  
que en triste desventura  
suspira congojosa.

De seda y oro delicada tela  
sus blancas manos iban adornando  
con prodija labor, en su aposento,  
que, a la parte mirando  
de plácidos jardines,  
respira el blando aliento  
de nardos y jazmines.

Oyó que en laúd dulce preludiaba  
diestra mano unos tonos lastimeros,  
y que una voz que el pecho conmovía,  
cual cisne en los postreros  
instantes espirando,  
tal letra repetía  
el aire enamorando:

«Cual busca la ardiente pira  
revolando, y no reposa  
mariposa  
que adora su mismo mal,  
así sin cesar suspira  
mi pecho por una ingrata  
que me mata  
con su desprecio fatal.

«Constante como Macías,  
aquel doncel de Villena,  
la cadena  
arrastró de un duro amor,  
y también fin a mis días  
ha de poner mi tristeza  
y tu belleza,  
Cual a los de aquel cantor.

«Borra ya de tu memoria,  
¡Oh, dulce señora mía!,  
la alegría  
de unos días de placer,  
que el que mereció tu gloria,  
por la celestial la deja,  
y se aleja  
para no volverte a ver.

«Está triste, penitente,  
retirado, al mundo muerto,

y cubierto  
con un mísero sayal:  
él te olvida y está ausente;  
yo te digo que padezco  
y te ofrezco  
un cariño sin igual.

«Él hasta tu nombre olvida  
encerrado en un convento,  
y un momento  
no respira para ti;  
a mí tu querer da vida,  
yo nunca podré olvidarte,  
que adorarte  
es destino para mí.

«Él, al pie de los altares,  
renunciando tu hermosura,  
votos jura  
que oprimen su libertad;  
en los mismos, si gustares  
yo te juro amor sincero,  
duradero,  
ándote mi libertad.

«Juzga, pues, bien, mi señora,  
de nuestro procedimiento  
y al momento  
la sentencia has de decir,  
define quién más te adora  
si el querido o desdeñado;  
de contado  
quién tu afecto ha de adquirir».

Cesó el canto, y las cuerdas no sonaron:  
en gualdas convirtió las frescas rosas  
de su faz peregrina la doncella,  
dos lágrimas hermosas  
saltaron a su seno,  
dejándola más bella  
que en su mirar sereno.

Y como pudo Ariadna en las orillas  
del ponto turbulento y proceloso,  
al perder con el sueño regalado  
la dicha y el reposo,  
vencida de la pena,  
su cuerpo desmayado  
dejar sobre la arena,

Así, tras un gemido penetrante,  
reclinando Ormesinda su cabeza  
sobre el respaldo del purpúreo asiento,

con lánguida ternera  
cerraba ojos divinos  
que el duro sentimiento  
ponía cristalinos.

Acorren las criadas conmovidas,  
quién separa las hebras con decoro  
del torneado cuello y alma frente,  
y quién de pomos de oro,  
con manos cariñosas,  
aplica a la paciente  
esencias olorosas.

Entonces la más bella y más querida  
los lazos desató de su cintura,  
dando, para que libre respirase,  
al seno más anchura;  
y hablaba en triste tono  
sin que dejar osase  
su mano en abandono.

Así de leves ninfas asistida  
la madre del amor compareciera,  
cuando de Adonis tierno el pecho amante  
rasgó dañina fiera;  
tal entre las estrellas  
la luna rutilante,  
y Helena entre las bellas.

Poco a poco sus labios entreabiertos  
dan salida al dolor con los gemidos,  
errantes miran sus hermosos ojos,  
y vuelve a sus sentidos  
con el vigor la calma,  
de súbitos enojos  
restablecida el alma.

A una leve señal deja la estancia  
el coro de las tímidas doncellas.  
y sólo queda la sensible Elvira,  
que es entre todas ellas  
la que el favor alcanza,  
cuando al favor aspira  
de dulce confianza.

«¿Escuchaste al cantor?, dice Ormesinda.  
el cántico que suena en la morada  
de triste y retirado cementerio,  
cuando la muerte airada  
sus víctimas envía,  
con más funesto imperio  
no turba el alma mía.

»¡Ay!, muramos, Elvira, ya que el cielo  
jamás sereno se mostró a mis días,  
ya que su luz preside solamente  
a las tristezas mías;  
muramos, y acabemos  
con el dolor presente  
las ansias que tememos.

»¡Ay, querida! ¡Qué sueños tan funestos  
turban mi corazón, cuando riela  
la luna en los cristales de Neptuno!  
O bien en triste vela  
suspiro con espanto,  
sin que el mal importuno  
dé treguas a mi llanto.

»Mas dime, ¿entre los jóvenes gallardos  
algún mancebo que igualase viste  
en ternura, candor y gentileza  
al que he perdido? ¡Ay, triste!  
Él vive, Elvira mía,  
no para mi belleza,  
no para mi alegría.

»¿Te acuerdas de aquel día y del momento  
en que me acompañabas por la senda  
del verde laberinto tortuoso?  
¿Te acuerdas que la prenda  
de mi amor malogrado  
salió de un sauce umbroso,  
y con gentil agrado

»Se arrodilló a mis plantas reverente?  
¡Oh, cómo sollozaba el infelice!  
¡Oh, cuál latía su amoroso pecho!  
Dejarte es fuerza, dice,  
mas yo adorarte juro,  
y en lágrimas deshecho  
salvó el cercano muro.

»Mira, este blanco lienzo que conservo  
contiene de su llanto los despojos,  
y con el suyo se ha mezclado el mío;  
aplícalo a mis ojos,  
que es talismán amado  
contra el dolor impío  
que el pecho ha maltratado.

»¡Cielos! ¿Y es cierto que trocó mi gloria  
por el silencio y soledad? ¿Mi puro  
amor, con sus caricias y ternura  
por un cilicio duro,  
y todo mi contento



por funeral clausura  
de un mísero convento?

»¡Ay Elvira! ¿Lo ves? Se me presenta  
pálido cual las sombras sepulcrales,  
triste como el penar de la agonía,  
y punzan duros males  
su corazón cuitado  
que sufre noche y día  
martirio prolongado.

»¿Dó están de sus cabellos de oro puro  
los ondeantes rizos? ¿Dó el apuesto  
continente y gentil cortesanía?  
tras un mirar funesto,  
la vista humilla y baja,  
y al pronto se diría  
que viste una mortaja.

»¡Sombra cruel, de perseguirme deja!  
El Ricardo que adoro por decreto  
de mi suerte tenaz, amores brinda,  
un lívido esqueleto,  
una fantasma horrenda,  
jamás fue de Ormesinda  
la suspirada prenda.

»Cantor, tu letra, cual profundo golpe  
del sonoro metal que va indicando  
el postrero gemir de mortal pecho,  
mi muerte fue anunciando;  
respeta mi amargura,  
porque mi nupcial lecho  
será la sepultura.

»No faltará quien busque tus halagos,  
quien con purpúrea boca te sonría  
después que libes ósculo sabroso;  
que a mí una tumba fría,  
triste ciprés por gala  
y un nicho por esposo  
la suerte me señala.

»Mas, ¡ah!, tal vez mi padre tu esperanza  
engaña con promesa deseada:  
¡Infeliz! ¡Tú no sabes mi tormento!  
en vez de dicha amada,  
de gustos y alegrías  
solícito y sediento,  
veneno apurarías.»

Dijo y volvió a llorar, que este consuelo  
no niega el infortunio a los mortales;

mas la sensible y cariñosa Elvira.  
Consuelo de sus males,  
la apoya en su flaqueza  
y al lecho la retira  
de reservada pieza.

### III. LOS LIBRES

¡Cuán feliz es quien no se apura  
Y ve tranquilo la sinrazón!  
¡Cuán desdichado a quien natura  
Dotó de un tierno corazón!  
—ANÓNIMO

Tus aguas cristalinas, lago hermoso  
cual si el vecino mar las convidase  
con su lento murmullo al blando sueño,  
plácidas duermen.

Ora a los rayos de modesta luna,  
sobre la flor del agua el pececillo,  
sulco formando de bruñida plata,  
rápido salta.

Débil barquilla deslizando gira,  
mientras del remo al compasado golpe  
joven barquero con placer entona  
cánticos tales:

«Somos los hombres al nacer iguales  
sólo el orgullo mísero inventó  
distinguir a los débiles mortales  
por los dictados que el poder les dio.

»Si, olvidando esta ley del nacimiento  
puede el hombre a los otros oprimir,  
llega por fin su postrimer aliento  
y es igual a los otros en morir.

»Ciego el mortal, sin disfrutar la lumbre  
con que siempre le brinda almo saber,  
se habitúa a la infame servidumbre,  
sus derechos y honor sin conocer.

»Bestia infeliz sujeta a la coyunda,  
sufre desdicha y congojoso afán,  
cuando el señor, que en todo gusto abunda  
desdeñoso, le alarga un duro pan.

»Pero el necio se juzga por dichoso  
cuando bañado de mortal sudor

recibe del magnate poderoso  
una sola mirada por favor

«Quema sus carnes en sirio ardiente  
y ennegrece su piel rayo solar,  
cuando del sibarita delincuente  
templa el calor con su frescura el mar.

»Yace casi desnudo en las heladas  
sobre intratable estera por colchón,  
cuando estufas y casas abrigadas  
para los palaciegos poco son.

»¡Cuándo, pueblos, será que rasgue el velo  
de ignorancia fatal la clara luz  
y ya cansado de su enojo el cielo  
deponga el triste y funeral capuz!

»¡Tiempo infeliz! De Cristo los ungidos  
bajo el tosco y mísero sayal,  
cual pudieran traidores y vandidos,  
escondieron sacrílego puñal

»Y, puestos en las aras inocentes»  
del pacífico Dios y Redentor,  
levantaron los gritos insolentes  
de venganza cruel y de rencor.

»El pueblo los oyó, la procaz plebe  
pudo sus leyes de impiedad seguir,  
y, aguzando el puñal con furia aleve  
en nombre de Dios matar y herir.

»En premio recibió duras cadenas,  
condenada a la ley de obedecer,  
tanto desdichas propias como ajenas,  
a presenciar sin fin y enmudecer.

»¡Mísero agricultor, tú has trabajado!  
¿Quién recogió los frutos del sudor?  
El limosnero humilde se ha llevado  
cuanto dejó el altar y tu señor.

»A bandadas los legos mendicantes  
ofreciéndote gracia celestial  
rodearon tus eras abundantes,  
y perdiste el sustento corporal.

»Indigno es de piedad el vulgo necio,  
beva el yugo y humilla la cerviz  
y, si cobarde mereció el desprecio,  
dureza sólo mereció infeliz.

»Mas no envidies laureles a Castilla,  
del Cid conquistador noble ciudad,  
que si aquélla se ufana con Padilla  
defienden hijos mil tu libertad.

»Y si bebe tu sangre un tigre fiero,  
pronto verás al tigre sucumbir  
del patíbulo vil sobre el madero  
que ha causado otras veces su reír.»

Cantó el remero, y a las auras puras  
morado pabellón soltó al instante,  
despidiendo en sus manos un mosquete  
súbito trueno.

A la señal de la explosión, vagando  
por la desierta playa, algunos hombres  
aparecen cual sombras del Leteo  
hórridas, tristes.

Que con silencio sepulcral caminan  
hacia do albergue y retirado abrigo,  
bajo techo pajizo, les ofrece  
mísera choza.

Puesta sobre el hogar, iluminaba  
la estancia reducida con su llama,  
por el humo importuno interrumpida  
árida tea.

Y en la pared opuesta dibujaba  
la sombra con sus rasgos abultados  
seis cuerpos y semblantes diferentes,  
tétricos todos.

Mientras que absorben de cargadas pipas  
el humo apetecido, tose y, luego,  
de este modo, uno de ellos el silencio  
fúnebre rompe:

«Escuchad, hombres libres: la ponzoña  
de pisada culebra o basilisco,  
destruyendo las fuentes de la vida  
deja en el corazón muerte y conflicto;

»Mas mi pecho veneno no conoce  
más infernal, más duro y más activo  
que el de la traición, en vaso de oro  
propinado por manos de un amigo.

»Y si la sangre del traidor no apaga  
la sed que en mi interior ha producido,  
en la angustia mortal funestos días

apuraré las heces del martirio.

»Sabéis que Jaime Ortiz, que alto renombre  
de celestial cantor ha merecido,  
a los libres por ley del juramento  
más justo y más sagrado estaba unido;

»Mas no sabéis que, pérfido, perjuro,  
el aire libre de gozar indigno  
labra nuestro sepulcro ignominioso,  
y a todos nos prepara el precipicio.

«Nuestros nombres, infiel, ha revelado  
al tirano del Turia cristalino,  
y en tu favor, oh libertad amada,  
ya le son nuestros planes conocidos.

»Yo, que tengo valor, patria querida,  
para arrostrar por ti duros peligros,  
despreciar los cadalsos horrorosos,  
y apurar el rigor de los suplicios,

»Carezco de él para sufrir la afrenta  
del apóstata vil que me ha vendido,  
y hasta que mi puñal su pecho abriere,  
no puede respirar el pecho mío.

»Si con mi muerte he de comprar la suya,  
rasgad y dividid, que sólo pido  
que mis ojos en sangre del malvado  
se fijen, antes de cerrarse fríos.

»¡Infeliz! ¡Cuán en vano componiendo  
del dorado cabello los anillos  
entona de doncellas rodeado  
a Baco y al amor sus muelles himnos!

»Pronto el canto de muerte y de tristeza,  
deberá resonar en sus oídos,  
y la lira que aplauden los amores  
yacerá para siempre en el olvido.

»En Gandía, el traidor, enamorado  
de una joven beldad, de sus hechizos  
a ser dichoso poseedor aspira,  
y halla sólo el desdén del cual es digno.

»Pero cartas del déspota sangriento  
recomiendan al necio favorito,  
y el padre de la hermosa desgraciada  
las furias teme del feroz caudillo.

»¡Cielos! ¡La tumba solitaria y triste

sea el lecho nupcial del hombre impío,  
y alcance la agonía de la muerte  
en vez de los halagos de Cupido!

»¡Sagrada libertad! Pronto en tus aras  
escucharás de la victoria el grito,  
que aún disfrutan la luz del claro cielo,  
y acero vibran vengador tus hijos.

»Ni el proceloso mar, ni las cavernas  
ni las hondas entrañas del abismo  
te esconderán, malvado, a mis furores,  
o podrán libertarte del castigo.

»Tal vez (que sea así), cuando pienses  
apurar el placer, adormecido,  
ebrio con los cantos de una esposa,  
de airados golpes mortalmente herido,

»Al orco bajarás, quedando libre  
de tus besos y abrazos fementidos  
la sensible paloma, el ángel puro,  
que jamás será el premio del delito.»

Calló, y en los semblantes animados  
de todos los presentes retratóse  
con rasgo amargo de funesta pena  
cólera dura.

Y como suele repentino silvo  
del agitado noto entre las selvas  
sonó bronco murmullo que decía:  
¡Pérfido! ¡Muera!

Antes que en leve remolino caigan  
las hojas de los árboles sombríos,  
descienda a vuestro seno el delincuente,  
pálidos manes.

Al punto, seis puñales muy agudos  
salieron de sus vainas y, al reflejo  
de la trémula llama despidieron  
fúlgidos visos.

Salen de aquel albergue los valientes,  
y por distintas vías se encaminan  
mientras que lanza moribunda luna  
débiles rayos.

#### IV. LAS BODAS SANGRIENTAS

Si os pesa de ser querida,

Yo no puedo no os querer,  
Pesar habéis de tener  
Mientras yo tuviere vida.  
–GASPAR GIL POLO

Del palacio del duque de Gandía  
resuenan los magníficos salones  
de plácida armonía  
con los festivos sonos  
apenas muestra de Titón la esposa  
su fresca frente de purpúrea rosa.

Una doncella ilustre, que pudiera  
entre las diosas en beldad rivales  
lucir como primera  
sus gracias naturales,  
según la fama con su voz publica,  
de Himeneo en las aras sacrifica.

El que debe obtener su mano hermosa  
es por toda Edetania celebrado,  
porque su voz preciosa  
y el canto delicado  
rinden el corazón, con su sonido  
enagenan el alma y el sentido.

Morisca alfombra cubre el pavimento  
con purpúreo matiz en los salones,  
y ofrecen blando asiento  
magníficos sillones  
del ébano más puro trabajados  
y de relieves áureos adornados.

Apurando del arte los primores  
presenta la pintura, colocados  
por orden, los señores  
ilustres y esforzados  
de la casa de Borja esclarecida,  
con la sangre real ennoblecida.

Apuestos mozos, con gentil deseo  
de ver tanta hermosura, van llegando  
tan célebre himeneo  
con su presencia honrando,  
y ninfas mil no por amor suspiran  
cuando a la bella desposada miran.

Ésta, huyendo el festejo aborrecido,  
busca su gabinete, y recostada  
sobre un sofá mullido,  
de Elvira acompañada,  
sollozando lamenta de esta suerte

su enlace más terrible que la muerte:

«¡Ay, infeliz de la que ausente vive  
de aquel perdido bien por el cual llora!  
¡Ay de la que recibe  
los brazos que no adora,  
cual esclava infeliz sujeta al ceño  
del duro comprador y esquivo dueño!

»¡Himeneo cruel! ¡Ah! Tu lazada  
será dogal funesto al cuello mío,  
y víctima inmolada  
seré cadáver frío  
que espante en triste y desolado lecho  
al que pretende esclavizar mi pecho.

»¡Infelice! Mi plan está formado,  
y no puede fallar; cuando obsequioso  
y en ansias abrasado,  
quiera el impuro esposo  
que su cariño aborrecido halague,  
corra mi sangre y que su sed apague.

»¿Lloras, Elvira? ¡Oh Dios, cuánto te debe  
mi ternura y mi amor en tal momento!  
Del pérfido y aleve  
al duro tratamiento  
no abandones jamás a tu señora...  
¿Lloras, Elvira mía? Llorar, llorar.

»En mejor hado y mejor luz nacida,  
no probarás jamás esta amargura  
de verte sometida  
a esclavitud tan dura  
y suspirando por diversos lazos  
negar el corazón y abrir los brazos.

»Más feliz que Ormesinda, con tu mano  
regalarás tu afecto al preferido;  
yo sufriré un tirano,  
tú, con placer querido,  
recibirás tras dulce y blando sueño  
osculos tiernos de adorado dueño.»

Aquí paró Ormesinda, porque abierta  
de par en par, por imperiosa mano,  
cedió la dura puerta,  
y apareció un anciano  
que en su semblante pálido y figura  
espresaba el dolor y la amargura.

«¡Padre!», exclamó la mísera, abrazando  
las trémulas rodillas, de sus ojos



las lágrimas saltando,  
que como despojos  
de débil orfandad y desconsuelo  
bajaban a regar el duro suelo.

«¡Compasión!, ¡compasión! ¡Salvad mi vida!  
Por el primer abrazo honesto y pío  
que en la niñez florida  
os debe el amor mío,  
apartad al Cantor de mi presencia  
y vez segunda os deba la existencia.

»Para mí, sus cantares son gemidos  
de suplicio cruel, son sus finezas  
los ásperos silvidos  
de sierpe entre malezas,  
y el enlace que anhela su locura  
lento espirar en infernal tortura.»

«¡Hija del corazón!, dice el anciano;  
alza del suelo, y calma el triste lloro  
que es para mí inhumano;  
ya sabes que te adoro,  
que tus tristezas son tristezas mías,  
tuyos también mis gustos y alegrías.

»Ven a mis brazos, ven, reposa en ellos,  
de tan duro afanar por fin respira,  
abre los ojos bellos,  
mira a tu padre, mira,  
contempla mi dolor, y juzgue el cielo  
de quién será mayor el desconsuelo.

»Lo ignoras, ¡infeliz! Naturaleza  
se estremece al oírlo, yo me muero:  
o cae mi cabeza  
al golpe del acero  
o das a Jaime Ortiz tu bella mano  
y libras a tu padre de un tirano.

«Pliegos ocultos del sultán temido,  
que de toda Edetania es el espanto,  
me tienen prevenido  
que tu gracioso encanto  
sea premio de un hombre aventurero,  
porque sirvió a la patria con esmero.

«¡Patria infeliz! Si de un traidor, ... ¿qué digo?  
hija mía, tal vez enlace santo  
convertirá en amigo  
al que te causa espanto,  
y morirá tu padre desgraciado  
de la bella Ormesinda al dulce lado.

»Participa tu sangre esclarecida  
de la casa de Borja la nobleza,  
y es voz muy conocida  
que el nombre y gentileza  
del Cantor que te quiere por señora  
con timbres de alta fama se decora.

»Del déspota feroz las iras temo;  
de Sagunto en las cárceles oscuras  
hasta el último extremo  
se ejercen las torturas,  
y de míseras víctimas las penas  
resuenan por el monte y sus almenas.

»Basta, dijo Ormesinda; padre mío  
anima mi valor vuestra ternura.  
Cúmplase el hado impío  
con tal que esté segura  
vuestra vida de sustos y de males:  
pronto me adornarán galas nupciales.»

Al punto las doncellas oficiosas,  
desplegando una rica vestidura  
cual gracias primorosas.  
Adornan su hermosura  
y acomodan al cuerpo delicado  
preciosa tela de cendal labrado.

Brilla en sus blancas manos el diamante  
verde esmeralda y el rubí encendido,  
y un cinto rutilante,  
de piedras embutido,  
sujeta con un broche la cintura  
flexible, estrecha, delicada y pura.

Caen sus blandas trenzas repartidas  
sobre las frescas sienas igualmente  
y, cual medio escondidas,  
de su seno turgente  
laten las pomos con angustia inquieta  
porque una cárcel dura las sujeta.

Verla es mirar la diosa refulgente,  
que preside al silencio de la noche,  
bajando blandamente  
del plateado coche  
para abrazar a su garzón dichoso,  
entregado a los gustos del reposo.

Pero de la doncella generosa  
no concurren en torno los amores,  
sino tropa enojosa

de penas y dolores  
que marchitan su faz y hermosa frente,  
cual rayo abrasador la flor naciente

Y en vez de sonreír el himeneo  
sus sienes amorosas, coronando  
las flores del deseo,  
su antorcha está apagando  
y presenta sus alas encogidas,  
de esperanzas de amor destituidas

En tanto, del cantor enamorado  
la voz repite esta sonora letra  
que, como golpe airado  
que el corazón penetra  
de la joven beldad, es a su oído  
nuncio de muerte y funeral gemido:

«Eres la fresca rosa,  
delicia del jardín,  
yo soy la mariposa  
que vago en el pensil;  
todas las otras flores  
que en el cercado vi  
si admites mis amores,  
yo dejaré por ti.

»Eres la luna bella  
que en el Olimpo estás,  
yo soy la clara estrella  
que siempre va detrás:  
no escondas los fulgores  
de tu benigna faz,  
que sin tus resplandores  
no puedo yo brillar.

»Eres mi verdadero  
iris de paz y unión,  
yo soy el marinero  
del piélago de amor.  
¡Ay, cómo brama el ponto!  
¡Cuál crece su furor!  
Iris, muéstrame pronto  
tus fajas de color

»Eres la aurora fría  
del claro amanecer,  
yo soy la flor que confía  
tus lágrimas beber:  
no quieras que el rocío  
me falte alguna vez,  
y mustio el cáliz mío  
no adorne ya el vergel.»

Al cantor aplaudía toda hermosa,  
cuando entró en el salón la desposada  
y, como aquella diosa  
de su Neptuno amada,  
si asoma en los cristales su cabeza,  
calma del mar airado la fiereza.

Sosegó aquel murmullo de repente  
y sucedió un silencio respetuoso,  
pues la beldad presente,  
con su mirar gracioso  
de muda admiración llenó la sala  
de bellas formas al lucir la gala.

Y Jaime Ortiz, cayendo desmayados  
sus negros rizas sobre el blanco cuello  
con paso medurado  
siguiendo al ángel bello,  
se encamina también a la capilla,  
que con gran pompa y aparato brilla

Ésta, de piedras bien labradas hecha,  
recibe escasamente la luz pura  
de una ventana estrecha  
de gótica estructura;  
pero recios blandones en sus aras  
suplen rayos del sol con luces claras.

El mitrado deán, devotamente  
de la capilla en el altar preside  
y al Ser omnipotente  
socorro y gracia pide  
para los que ha de atar con lazo eterno  
de deseada dicha y amor tierno.

Pero, al unir los novios las dos manos  
para estrechar recíprocas finezas,  
seis hombres inhumanos  
asoman sus cabezas  
y sus caras horribles y enojadas  
con tizne espantador desfiguradas.

«Teneos», fue a decirles palpitante  
el hijo de las musas celestiales;  
pero en el mismo instante  
brillaron seis puñales,  
que en su pecho infeliz se disputaron  
hacer salir el alma por do entraron.

«Tales, dijo una vez, sus bodas vea  
quien vendiere a su patria fermentado.  
Sangre su lecho sea,

sangre el nupcial vestido,  
envuelto en sangre en el altar se mire  
y, al despedir su postrer gota, expire».

La mano del cantor ya no buscaba  
aquella de Ormesinda; en desconcierto  
ya trémula intentaba  
del corazón abierto  
comprimir el dolor, ya el suelo fuerte  
recorría en las ansias de la muerte

En la sangrienta escena que ha mirado,  
Ormesinda infeliz gime y suspira  
sobre el regazo amado  
de la sensible Elvira,  
Y, con lágrimas tristes oprimidos  
se esconden sus luceros afligidos.

De aquel lugar de muerte es separada  
que allí el pálido horror las furias pinta  
con negra pincelada  
de dolorosa tinta  
y resuenan, en vez de dulces voces  
gritos de espanto fúnebres y atroces.

Manda luego el deán que pronto aviso  
la justicia reciba del exceso,  
porque sin su permiso  
o su mandato expreso  
no se atreve la Iglesia en su amargura  
a dar al desdichado sepultura.

## V. LA GITANA

Miran de la mano  
La palma que lleva  
Dátiles de oro,  
La que no, no es buena...  
.....  
Que mujeres de éstas,  
En medio del día  
Hacen ver estrellas,  
-GÓNGORA

«Morena estoy muchachas.  
que en los calores  
me han puesto en centinela  
de los amores;  
mas mi gitano,  
por mi rostro moreno  
deja los blancos.

»Sepan los habitantes  
de todo el mundo  
que yo curo los males  
sin tomar pulso;  
y pues la gitanilla  
todo lo entiende,  
¿quién quiere por dos cuartos  
saber su suerte?»

De bulliciosos niños perseguida,  
que con algarabía la cercaban,  
las calles de Gandía paseando  
tales cosas decía la gitana.

Elvira, en el balcón, su faz benigna  
asomó cual la aurora nacarada,  
y, por dar distracción a su señora,  
que largos días en dolor pasaba,

Llamó a la gitanilla, que vestía  
jubón azul de guarnecida plata,  
pañuelo que de manto hacía veces  
y de vistosas flores corta saya

Presentóla a Ormesinda, que, alargando  
a la investigadora entrambas palmas,  
dejó que examinase con cuidado  
de la suerte los signos en sus rayas

Tras un largo silencio, Mariposa  
(Que así la gitanilla se llamaba),  
abandonó las manos de Ormesinda  
y, suspirando, dijo estas palabras:

«El lugar donde tienes  
el bien que adoras  
lo conoce sin duda  
la Mariposa,  
porque sus alas  
no respetaron nunca  
cercas sagradas,

»He visto en él un lirio  
que, trasplantado  
del terreno del siglo,  
se está mustiando;  
fuerza es que muera  
si a regarlo no acude  
su jardinera.

»En la tranquila noche,  
roncos gemidos

turban las soledades  
de aquel retiro:  
yo paré el vuelo  
a escuchar el canto  
del prisionero

»Y, antes de separarme,  
dije: mal hace  
quien piensa olvidar pronto  
mudando traje,  
porque el vestido  
no ha libertado a nadie  
del dios Cupido.

»El gavián tirano  
quiso enlazarse  
con la más cariñosa  
de las torcaces,  
pero en las garras  
del águila apenina  
dejó las alas.

»Del ruiseñor canoro  
cesó el gorjeo.  
porque el cantar tan claro  
le fue funesto;  
en estas selvas.  
Para siempre cesaron  
sus cantinelas,

»Día vendrá en que el lirio  
de aquellos valles,  
que muere sediento,  
su sed apague,  
y verdes hojas  
una a su cáliz bello  
la cipria rosa.

»Valor y amor unidos  
mostrarán claro  
que vencen imposibles  
sin los milagros;  
que un pecho firme  
contra las furias todas  
lucha y resiste.

»Pero aquellas dulzuras  
de muchos días,  
y de las frescas noches  
las alegrías,  
las calla ahora,  
porque callarlas debe,  
la Mariposa.»

Tales voces el pecho de Ormesinda  
conturban fuertemente; una mirada  
de agitación dirige a la parlera,  
y una indiscreta lágrima se escapa

de sus hermosos ojos: «Mucho, dice,  
vuela la Mariposa, mucho alcanza;  
que tal vez recorre todas las flores  
por ocultas que estén y retiradas.

»Es natural en ella, cuando agita  
por la floresta umbría lindas alas,  
pero del duro mal que yo padezco,  
¿puede darme el remedio?» Y ella exclama:

«No producen los montes  
tan buenas  
curen afecciones  
que amor engendra;  
mas del martirio  
los años y las canas  
son lenitivos.

»Resistir el incendio  
que el pecho abrasa  
parecerá cordura,  
y es ignorancia;  
pues reprimidas  
serán las explosiones  
mas convulsivas.

»Pero, ya que tu rostro  
me está diciendo  
que cuentas con firmeza  
para el remedio,  
sin yerba alguna,  
con sólo resolverte,  
tendrás cura.

»Cuando muestre sus ruedas  
la luna hermosa  
verás en tus jardines  
la Mariposa:  
sigue sus pasos  
que seguir buena guía  
no es gran trabajo.

»Yo, por sendas de flores  
bien conocidas,  
seré la conductora  
de la Ormesinda,  
y en poco tiempo



creo que alcanzar puedes  
dulce remedio.»

No sabe qué responda a tal propuesta  
Ormesinda infeliz, pero la rara  
fuerza del signo que al nacer preside,  
en la duda cruel es la que manda.

La ausencia de su padre, que un tirano  
a su palacio de Valencia llama  
y el deseo de ver al bien que adora,  
inclinan de su pecho la balanza.

Y, aunque el honor se opone, y sus puñales,  
cuando llega su vez, en ella clava,  
cede al amor que en tales ocasiones  
domina los afectos con ventaja.

«Te seguiré, la dice, Mariposa;  
reserva del rocío leves alas,  
que el vuelo de mi amor, si no te excede,  
tus bríos a lo menos sí que iguala.»

Y sacando un anillo de sus dedos,  
de brillantes riquísimos, lo alarga  
a la astuta mujer, que, al despedirse,  
según su estilo, placentera canta:

«Tales flores no crían  
nuestros vergeles;  
liberal el cariño,  
mucho merece:  
Con tales galas,  
de la Mariposilla  
crecen las alas.

»A la doncella ilustre,  
diosa de Pafos,  
para su romería  
dispón el carro,  
y tus palomas  
la lleven a los brazos  
del bien que adora.

»Ejerced en las selvas  
húmedo imperio,  
céfiros regalados,  
céfiros frescos;  
soplad iguales  
para las fugitivas  
auras suaves.

»Las que a Cupido invocan

gocen las dichas  
de noche regalada  
y auras tranquilas;  
los amorcitos,  
con antorchas fulgentes,  
abran camino.»

## VI. EL CALABOZO

Yo, señora, una hija bella  
Tuve, que bien tuve he dicho,  
Que, aunque vive, no la tengo,  
Pues sin morir la he perdido  
-CALDERÓN

¡Oh, libertad! Bien dulce y nopreciado  
sino cuando perdido.  
Que siempre fuiste amado  
después de conocido.  
¡Cuán infeliz aquél que, por perderte,  
obligado se mira a conocerte!

Seis días ha que un infeliz anciano,  
sujeto a duras penas  
por un feroz tirano,  
arrastra las cadenas,  
sin conocer la dulce alternativa  
de la sombra fugaz y la luz viva.

Como si fuese ponzoñosa fiera  
El hombre desdichado,  
de bárbara manera  
al cepo es amarrado,  
y de la argolla el peso el cuello siente  
por sola presunción de delincuente,

He, pues, tu altar, oh Themis, profanado,  
porque a un delito incierto  
se aplica de contado  
castigo duro y cierto  
y si la pena al malo se anticipa,  
de la misma el que es bueno participa.

La claridad del más sereno día  
es sólo noche oscura,  
a quien la tiranía  
mantiene en cárcel dura,  
que, si no acaba su cansada vida,  
la arrastra con la muerte confundida.

Lastimeros gemidos y sollozos  
de muchos desdichados

en hondos calabozos  
resuenan continuados,  
y calcula el mortal consigo mismo  
si habita el suelo o el profundo abismo.

La armonía, al lugar correspondiendo.  
la forman rudos sonos  
y rechinar horrendo  
de grillos y eslabones,  
las férreas puertas con sus goznes duros  
y los gritos blasfemos y perjuros.

El padre de Ormesinda cariñosa,  
el mísero Edelberto,  
en cárcel tan odiosa  
se mira como muerto  
y sujeto a las iras de un tirano  
que de infame puñal armó su mano.

Cual cómplice en la muerte desastrosa  
de Ortiz es reputado,  
porque la sed rabiosa  
del tigre despiadado,  
ignorando del crimen los autores,  
en la inocencia ceba sus furores.

«Decid (manda a un ministro de sus iras)  
al viejo miserable  
que en abrasadas piras  
su cuerpo detestable  
Será breve pavesa si, obstinado,  
no revela el autor del atentado.»

Una embajada tal la sangre hiela  
del triste prisionero;  
se aflige, desconsuela  
y al duro mensajero  
responde al fin con terminante acento  
después de recobrar cansado aliento:

«El que buscó virtud en un tirano  
fue necio, ciertamente,  
y el que besó su mano  
con gesto reverente  
unió a la necesidad la cobardía,  
y con el deshonor la villanía.

»De padre con el nombre, despiadado  
en su furor el cielo,  
un monstruo ha regalado  
al infelice suelo  
para que halague y, con extraña suerte,  
a los mismos que halaga dé la muerte.

»Decid que los autores del quebranto  
que a Ortiz dejaron muerto  
al pie del altar santo  
no conoció Edelberto,  
mas que sí que conoce, en su disgusto,  
que un tirano feroz jamás fue justo.

»Se ha cifrado mi crimen verdadero  
en la condescendencia  
con que a un aventurero  
sin nombre y sin prudencia  
cedí la mano de Ormesinda hermosa:  
juzgue el delito quien fue causa odiosa.

»No es extraño que anhele sangre mía,  
porque es naturaleza  
de la pantera impía  
cebarse con fiereza  
y, ebria de sangre, cuando no beberla,  
reteñirse las fauces y verterla.

»De los míseros manes ultrajados  
las sombras pavorosas  
con ayes prolongados  
y voces lastimosas  
venganza piden al contrario cielo,  
mientras con sangre se enrojece el suelo.

»Las pesadas cadenas que sujetan  
mi cuerpo fatigado  
poco al valor aprietan  
del ánimo esforzado,  
que a un alma libre que al honor se fía  
no puede avasallar la tiranía.

»Tema la muerte quien por siervo infame  
no mereció la vida.  
El hombre libre clame  
contra el liberticida  
cuando amaguen su pecho los puñales,  
cuando ciñan su cuello los dogales.»

Dijo, y mirada de desprecio altivo  
dirigió al mensajero,  
que, cual áspid nocivo  
o tigre carnicero  
que no puede morder, más se enfurece  
y, dándole la espalda, desaparece.

Era la noche cuando el blando sueño  
a todos regalaba  
con plácido beleño.

y el que cautivo estaba  
soñando lo que el alma apetecía,  
libre de las cadenas se creía.

Sólo el hondo silencio, interrumpido  
en la infeliz clausura  
por áspero chirrido  
de férrea cerradura  
de cuando en cuando, más pavor causaba,  
y uno y otro tosía o bostezaba.

En un ángulo estrecho y mal formado,  
cuya humedad pudiera  
al más complexionado  
causar la muerte fiera,  
sobre el suelo infeliz yace Edelberto,  
en la apariencia espantadora muerto.

Abren de su mazmorra tenebrosa  
la puerta bien segura,  
y arrojan una cosa  
sobre la tierra dura;  
quiere Edelberto hablar, se pone alerta  
y oye cerrar la malhadada puerta.

Con las manos recorre el pavimento  
y, tras de breve pieza,  
advierte con el tienta  
que toca una cabeza  
separada del cuerpo. ¡Oh Dios, qué horrores!  
¡Noche de crueldad y de dolores!

Y es que el ejecutor de la justicia,  
en pago merecido  
de criminal malicia,  
descuartizó a un bandido  
y, cual si fuera funerario pozo,  
los miembros encerró en el calabozo.

Y como teme amor siendo extremado,  
fue la primera idea  
del padre desgraciado  
si acaso el cráneo sea  
de Ormesinda infeliz que el vil tirano  
le ofrezca cual presente de su mano.

Y duda y teme y, extendiendo el brazo,  
retráelo temblando,  
cual si violento lazo  
lo fuera sujetando,  
y por temer la certidumbre fiera,  
prefiriendo la duda desespera.

Tiende otra vez la mano temblorosa,  
busca la prueba clara;  
pero la piel rugosa  
de la hartada cara  
deja el amor de padre satisfecho,  
aunque el horror le despedaza el pecho.

Juzga que del horrible asesinato  
podrá ser algún reo  
que el despotismo ingrato  
le envía por trofeo  
y, deplorando la fortuna varia,  
dirige al alto cielo esta plegaria:

«Señor, ¿cuándo cansado  
del fariseo inmundo,  
daréis con vuestro agrado  
la libertad al mundo?  
¿Cuándo será, Dios mío,  
que la virtud respire  
y, hollando al bando impío,  
propicio al cielo mire?»

»¿Acaso por herencia  
dejáis a los amados  
de muerte la sentencia  
y horrores continuados?  
¿Acaso a los impuros  
guardáis por recompensa  
que, en su maldad seguros,  
al bueno hagan ofensa?»

»¿Y cómo entre el espanto  
de azotes inclementes  
podrán llamaros santo  
los hijos inocentes,  
si la mordaza dura  
con un furor extraño  
sus labios asegura  
y aumenta el grave daño?»

»Alzar pueden apenas  
sus manos ultrajadas  
con bárbaras cadenas  
y esposas agravadas,  
y a su filial deseo  
en vuestro altar no es dado  
quemar olor sabeo,  
precioso y delicado.

»Si nubes de repente,  
en su feroz pelea  
lanzan el fuego ardiente

que vivo serpentea,  
¿por qué Señor, entonces,  
aquella raza impura,  
que iguala a duros bronces,  
no paga su locura?

»Ser grande, que avasallas  
al ponto y lo refrenas,  
poniendo por murallas  
las débiles arenas,  
¿por qué del mismo modo  
no humillas al ingrato  
que oprime al mundo todo  
y burla tu mandato?

»Sangre exterminio y guerra  
causaron los tiranos,  
y alzaronse en la tierra  
los hombres inhumanos,  
que en fuerza de señores  
a los demás dijeron:  
sois bestias o peores,  
y los demás temieron.

»Para dictar las leyes,  
con el poder armados  
se proclamaron reyes  
ungidos y sagrados;  
sois dioses, les gritaron  
los nobles orgullosos;  
sois dioses, contestaron  
los pueblos temerosos.

»Dijeron así un día:  
Dios manda a toda gente;  
si alguno se desvía  
pensando libremente,  
cual animal nocivo,  
en nombre de Dios santo,  
sea quemado vivo  
con horroroso espanto.

»Y viéronse encendidas  
las bárbaras hogueras  
cuchillas prevenidas  
con las espadas fieras,  
las ruedas con puñales  
para un morir prolijo,  
las horcas y dogales  
y enfrente un crucifijo.

»Y resonaron voces  
de muchos, entretanto,

y gritos muy atroces  
tras religioso canto;  
unos seres extraños,  
vestidos de mil modos  
con diferentes paños,  
gritaban más que todos:

«Muera el impío luego  
que mueran los malvados,  
y a miles en el fuego  
en tanto eran lanzados;  
y vos Señor, que visteis  
tanta orfandad y horrores,  
por qué no confundisteis  
los necios y los traidores?»

Aquí calló Edelberto, y de sus ojos  
las lágrimas, saltando  
cual fúnebres despojos  
se fueron empapando  
en la cabeza que allí había,  
fétida, hirsuta ensangrentada y fría.

## VII. EL ERMITAÑO

Bajad con silencio, que  
De aqueste monte en la falda  
Caballos y gente he visto  
Entre esas espesas matas.  
—CALDERÓN

—Di, Jacinta, ¿dónde vas?  
—Amor, decírtelo quiero:  
Buscando el amor primero  
Que no se olvida jamás.  
—BERNARDO DE LA VEGA

Una mesa, una cruz y un banco duro  
tiene por todo ajuar un ermitaño,  
un saco con capucha por vestido  
y por rico tesoro un relicario.

Al pie de una montaña en el desierto,  
abrió del tiempo la incansable mano  
profunda cueva retirada y triste  
entre pesadas moles de peñascos.

Aquí tranquilos ve correr sus días,  
en oraciones y ejercicios santos,  
un eremita austero y penitente,  
lejos del mundo y libre de sus daños.



Sobre el césped florido por la fuente  
que riega las violetas murmurando,  
la ley medita en el sagrado libro  
que contiene los dogmas del cristiano

Cuando turba el silencio del desierto  
el continuo pisar de unos caballos  
y el agudo relincho que en las breñas  
largamente se extiende resonando.

Apenas vuelve los turbados ojos,  
del pisador se apean a su lado  
dos lindas hermosuras, que seguían  
de una gitana los veloces pasos.

«¡Cielos! ¡Elvira!», exclama el penitente,  
y cae al suelo el código sagrado  
para ceder al dulce amor de Elvira  
firme lazada de cariñosos brazos.

En un tiempo la amó; fue cuando siente,  
tierno doncel en los felices años,  
por la primera vez entre placeres  
del pasador agudo el grave daño.

Y esta fuerte impresión un sello deja  
que se arrastra al sepulcro, y siempre grato  
su recuerdo se ofrece a la memoria.  
Feliz origen del feliz encanto.

Pero de las familias encontradas,  
tenaz se opuso el odio inveterado  
al recíproco afecto de dos pechos  
que entre el odio común se idolatrarón.

Perdida la esperanza lisonjera  
de estrechar de himeneo fuertes lazos,  
dejó el mancebo los paternos lares  
y, al pie de un alto monte solitario,

Modelo de virtud y de abstinencia,  
quiso vivir del mundo separado,  
la llama activa que cundió en su pecho  
con las austeridades apagando.

Así, pues, sorprendido con la vista  
del primitivo y singular retrato,  
que las acerbos lágrimas y ayunos,  
si no borrar, oscurecer lograron,

Se adelanta y, las leyes religiosas  
por las del corazón abandonando,

a la sensible y cariñosa Elvira  
prodiga tiernamente sus abrazos;

mas, de pronto, se turba y, semejante  
al que en precioso y cristalino vaso,  
por apagar su sed, prueba las heces  
de hiel funesta o de licor amargo,

Se retira confuso, y es que, al punto  
de probar las delicias del halago,  
la voz de la conciencia temerosa  
le hincha el corazón apasionado.

Prometió con terrible juramento  
vivir a Dios, y del amor insano,  
antes que obedecer los desvaríos,  
buscar la muerte y merecer el lauro.

«¡Infeliz!, exclamó. ¿De qué sirvieron  
los lentos días de continuo llanto,  
las noches de dolor y los ayunos  
que el enfermizo cuerpo maltrataron;

»Si fue tu amor un fuego entre cenizas,  
sólo en las apariencias apagado,  
que al más ligero soplo de los vientos  
vivió otra vez para lucir más claro?

»Fácil te fue vivir entre las fieras  
en horrorosas breñas sepultado;  
venciste al mundo, y unos ojos bellos,  
sin resistencia alguna, te postraron.»

Así se agita el mísero, y no sabe  
que el huir es vencer en tales casos,  
y que la resistencia más segura  
sólo en volver la espalda se ha cifrado:

Porque burla el amor las reflexiones,  
que siempre han sido en contra de sus dardos  
ligeras nubes que la noche cría  
y han de desvanecer solares rayos.

Llora y es el llorar en el cariño  
lo que en la rosa del sediento prado  
el puro rosicler de la alborada,  
que nutre el cáliz, vivifica el tallo.

Vuelve a mirar a Elvira... ¡ah!... le abandonan  
de la virtud los documentos santos,  
y un suspiro de amor es el que vence  
en un combate duro y obstinado.

«Estas perlas, le dice la gitana,  
a Ormesinda y Elvira señalando,  
habitador del monte se confían  
a tu desvelo y singular cuidado:

»Las sencillas palomas han huido  
de dura esclavitud y el aire blando  
respiran del desierto silencioso,  
libres de todo afán y sobresalto.

»Sus miradas son dulces y expresivas,  
son sus arrullos al oído gratos,  
enamoran sus picos cariñosos,  
sus pies de grana y su plumaje blanco.

»En tu tranquilo albergue las recibas  
después que sus alitas fatigaron,  
do blando sueño sus pupilas cierre  
sin temer los enojos del milano.

»No está lejos de aquí el pichón querido,  
que de la más hermosa ha cautivado  
la tímida afición; ignora el triste  
qué cerca está su dicha y su regalo.»

Dijo y, sin esperar respuesta alguna,  
marchóse por las quiebras del barranco  
y, con altas malezas confundida,  
leve vestigio no dejó en sus pasos.

\* \* \*

Roberto (así llamóse el eremita)  
dejando el aire triste y pesaroso  
propio de un solitario penitente,  
dio libertad a sus humildes ojos;

rogó a las dos hermosas que en la margen  
de un cristalino y susurrante arroyo,  
sentadas sobre el césped, disfrutasen  
las delicias de un plácido reposo.

En leve canastillo presentóles  
un blanco pan y un queso muy sabroso  
y en profunda vasija el dulce néctar  
que beben los cartujos religiosos.

Dulces manzanas, ciprios moscateles,  
y añade unas conservas y bizcochos  
que recibió en obsequio reverente  
de algunos bienhechores y devotos.

Las bridas de la tarde refrescaban

aquel sitio feliz con blando soplo,  
y agitaban las hojas conmovidas  
de lentiscos, adelfas y madroños.

Rogó Elvira a Roberto que contase  
cómo tomó aquel hábito tan tosco,  
habitando en las mudas soledades;  
y comenzó Roberto de este modo:

«El hombre necio, en su delirio insano,  
promete a Dios con atrevidos votos  
sin medir como débil sus miserias  
cosas que exceden sus esfuerzos todos;

»Y mientras en la tierra ha confiado,  
dejándose llevar del amor propio,  
al puro querubín anivelarse,  
conoce en fin que es miserable lodo.

»Mi familia y la tuya, hermosa Elvira,  
en los contrarios bandos y alborotos  
que agitaron la patria desgraciada  
opuestos rumbos abrazaron pronto;

»Creció la enemistad, se perpetuaron  
las feroces venganzas y los odios;  
mas nuestro amor no conoció más leyes  
que el fuego activo que nació en nosotros.

»Creció como una rosa purpurina,  
rodeada de cardos y de abrojos,  
que, a pesar de tan duros enemigos,  
balancea su cáliz oloroso.

»Pero mi padre... ¡oh, cielos! presentando  
un agudo puñal, con ceño torvo,  
toma, me dijo, ingrato, antes que puedas  
mezclar tu sangre en tu delirio loco

»con la de un siervo vil (perdona Elvira)  
la mía has de verter con ciego encono;  
que yo la muerte de tu misma mano  
antepongo a un vivir ignominioso.

»¡Hijo infeliz!... mas no, debo llamarte  
enemigo y traidor, futuro esposo  
de la que tiene un padre que profana  
de nuestras libertades el decoro.

»Y cuando muchas bellas, que el orgullo  
son de los corazones generosos,  
te brindan con su mano, es una esclava  
quien te sonrío con alegre rostro.

» ¡Infeliz si, postrado ante sus plantas  
su favor implorases a mis ojos!  
y muy feliz tu padre, que con sangre  
lavaría un borrón tan oprobioso.

»Dijo, y me dio el puñal que de mis manos  
yertas y frías deslizó en tal modo,  
que se clavó en mi pie, manifestando  
que era mi sangre la que ansiaba sólo.

»Retíreme a los bosques que ocultasen  
mi desgraciado amor; selvas y sotos  
busqué para el alivio de una pena  
que en el pecho formó cimientos hondos.

»Presentéme al abad de un monasterio  
que dista de este sitio un trecho corto,  
y el cuidado y el culto de esta ermita  
concedió a mis deseos fervorosos.

»Aquí fue mi destino noche y día  
en tus delicias, oh virtud, absorto,  
meditar en la ley, pidiendo al cielo  
que protegiese mis esfuerzos cortos.

»Con agudos cilicios macerando  
de la carne rebelde los antojos,  
regué con llanto mi infelice lecho,  
resonando en las peñas mis sollozos.

»Abrí el inculto suelo, y ocuparon  
el lugar de zarzales ponzoñosos  
vistosas flores de matices bellos,  
fértil olivo y altos algarrobos.

»Mil veces al anciano miserable  
buscó en este albergue su socorro,  
y halló quien aliviase sus dolores  
la orfandad infeliz en su abandono.

»¿Quién pudiera creer, Elvira mía  
que, mientras los cantares fervorosos  
de ardiente contricción aquí sonaban  
ante el divino acatamiento y trono,

«cuando tu dulce amor sólo ofrecía  
sombra ligera de pincel muy tosco,  
rápida exhalación que nace y luce  
para olvidarse y perecer muy pronto,

»preparase Cupido su triunfo?  
¿Que ocupase mi pecho doloroso

tan feble a sus asaltos, como al silbo  
del furioso huracán débil pimpollo?

»¡Qué grato es tu mirar, dulce enemiga  
de mi tranquilidad! ¡Brillan tus ojos,  
tan bellos, para mí, cual si saliera  
de lóbrego y eterno calabozo!

»No abandones jamás este retiro...  
hay aquí limpia fuente en cauce hermoso  
y pájaros sensibles que en las ramas  
cantarán tu belleza y tu decoro.

»¡Qué frescura! ¡Qué sombras! Estas flores  
en varios cuadros las planté, vistosos  
cuando por el amor del alto cielo  
yo dejaba del tuyo los tesoros.

»No sabía que habían de agradarte,  
pero ya me inclinaba cariñoso  
a cuidar de sus tallos delicados  
y apartar los insectos codiciosos.»

Cesó de hablar; Elvira suspiraba;  
Ormesinda admiróse al ver cuán doctos  
llegan a ser, cuán tiernos y expresivos,  
agitados de amor, los seres todos.

Pero ya lentamente descendían  
las sombras de los montes más fragosos,  
y el héspero feliz, con faz benigna,  
daba su resplandor al alto polo;

Y mientras que las aves fatigadas  
buscaban de sus nidos el reposo,  
al albergue vecino y solitario  
los tres se retiraron poco a poco.

## VIII. LA CRUZ

Véante mis ojos,  
Muérame luego,  
¡Oh dulce amor mío  
Y lo que más quiero!  
—JORGE DE MONTEMAYOR

«¡Oh, si permitiese el cielo,  
dulce amigo, que la viera  
antes que la muerte fiera  
acabase mi desvelo!  
Oh, qué celestial consuelo

mi corazón probaría  
al verte, Ormesinda mía  
antes de dejar el suelo!»

Así con Roberto hablaba  
Ricardo, que, fatigado  
de un paseo dilatado,  
en su ermita descansaba.  
«Consolaos», contestaba  
sonriendo el ermitaño ;  
y Ricardo: «Este mi daño  
sólo con la vida acaba.

»¡Cuán triste y desventurado  
es, amigo, mi vivir!  
Es un continuo morir,  
es agonizar pausado,  
porque en el pecho clavado  
tengo un agudo pasador  
que, con bárbaro furor  
hasta el alma se ha internado;

»Y al poner todo mi brío  
en apartarlo y triunfar,  
lo que logro es agravar  
el dolor del pecho mío,  
pues comienza mi tormento  
cuando tendéis vuestro manto!  
Necio, juzgo que, entre tanto  
que llegue el rosado albor,  
podrá calmarse el dolor,  
y lo llevo al altar santo.

»Y precisado a escoger  
entre angustias y pesares  
del Eterno en los altares  
entre Dios y una mujer.  
¡Infeliz!, vengo a ceder  
y a la celestial riqueza  
antepongo una belleza  
que, cual yo, ha de perecer.

»Del claustro en la soledad  
la nombro en mi acerba pena,  
y mi ciego error condena  
del sitio la santidad;  
quiero implorar la piedad  
de un Dios justo y amoroso.  
y al sepulcro pavoroso  
me llama la eternidad.

»Con ayunos consumido  
creí triunfar del amor,

y mi pena fue mayor,  
pues fatigado y rendido,  
en mi lecho reducido  
con debilidad mortal,  
que contemplase mi mal  
le rogaba enternecido.

»Como sombra se ofrecía  
a mi vista conturbada,  
y en mi cama desdichada  
yo los brazos le tendía.  
¡Ay!, ¡ven pronto, la decía,  
que dentro de un instante  
ya no existirá tu amante!  
Y la ingrata no quería.

»Disipada la ilusión  
sólo a mi lado miraba  
una mesa en donde estaba  
el signo de Redención;  
con ardiente contrición,  
teniendo enemigo al suelo  
pedía llorando al cielo  
la asistencia y el perdón.

»No hay remedio, ¡oh dura estrella!  
para siempre la perdí;  
feliz con ella viví,  
y muero infeliz sin ella.  
¡Oh, dulce amigo!, ¡es tan bella  
cuanto desgraciado soy yo!  
Cielos, ¿por qué a mi me amó,  
si había de perdella?»

«¿Y si en este sitio hermoso,  
le preguntó el ermitaño,  
para calmar vuestro daño  
vieseis al ángel precioso  
que con semblante amoroso  
compensase un breve instante  
las desdichas de su amante,  
seríais ya venturoso?»

«Si, Ricardo contestó;  
tú lo ignoras; su mirada  
es la cosa más amada  
que el Criador acabó;  
aquel que sus ojos vio  
si disfruta su luz pura,  
no conoce desventura  
no puede estar triste, no.

»Que la pueda yo mirar



y de sus labios oír  
que mi amor pudo existir  
en su pecho sin cesar,  
aunque se haya de acabar  
mi triste y cansado aliento,  
pues por sólo este momento  
la vida se puede dar.

»Mira, no es llama ligera  
la que abrasa el corazón  
no es momentánea ilusión  
tan breve cuan lisonjera;  
es un Etna, es una hoguera  
por sí capaz de matar  
y que, para mi penar,  
no permite que me muera.

»¡Ley atroz! ¡Padre homicida!  
Tu al corazón de Ricardo  
no lanzaste agudo dardo  
que acabase con su vida.  
Tú con crueldad no oída  
en su pecho introdujiste  
un veneno, un dolor triste  
de existencia aborrecida.

»¿Y padre habré de llamarte?...  
Con el título, natura  
no te ha dado la ternura  
que con él debiera darte;  
te dio un alma infiel, impura;  
te dio un carácter feroz,  
una hipocresía atroz  
y la condición más dura.

»Para adorarnos nacimos  
mi dulce Ormesinda y yo,  
el cielo nos escuchó  
cuando amarnos prometimos:  
si desgraciados vivimos,  
¡Buen Dios!, ¿quién podrá creer  
que al mismo que me dio el ser  
tal atrocidad debimos?

»Mas dime, ¿piensas que el cielo  
mis votos pudo escuchar  
y un sacrificio aceptar  
que colmó mi desconsuelo?  
¡Oh, qué error! El que en el suelo  
prometió primero amar,  
en vano al pie del altar  
renunciar quiso su anhelo;

»y que es necesidad, no hay duda,  
mudar traje en conclusión,  
si primero el corazón  
en su interior no se muda;  
conozco en mi pena cruda  
que el ciego amor y mi mal  
se burlan de este sayal  
que a ser santo no me ayuda.

»¡Ah!, quien quiso que un doncel  
renuncie su libertad,  
antes de tener la edad  
del discernimiento fiel,  
es un bárbaro y cruel.  
Es un monstruo del averno:  
de un remordimiento eterno  
tragar debe amarga hiel.

»Tus derechos ultrajó,  
¡Oh santa naturaleza!,  
y con bárbara fiereza  
tus seres envileció,  
pues, mientras que se fingió  
ángel de paz y de amor,  
fue el verdugo más traidor  
que de mujeres nació.»

«¡Cielos!, exclamó Roberto.  
Acábense tantas penas,  
rompan tan duras cadenas  
un placer y un gozo cierto.  
renazca un esperar muerto  
venzan amor y amistad  
en la muda soledad  
de este fúnebre desierto.

»¡Ormesinda!, flor querida  
del matutinal albor,  
hurí bella, ángel de amor  
que presides a la vida,  
ven, hermosa y escogida  
a estrechar eternos lazos  
de Ricardo entre los brazos,  
sin que nadie te lo impida.

»No hay aquí quien pueda hollar  
la ley de naturaleza,  
sí tiránica fiereza  
sabe al mundo avasallar,  
no llegará a dominar  
este ignorado rincón,  
y en él, libre el corazón  
ha de sentir, ha de hablar.»

Dijo, y Ormesinda hermosa,  
que a los dos oculta oyó,  
como ninfa apareció  
delicada y amorosa;  
mas, cual sensitiva airosa  
que en su cáliz virginal  
sintió la leve señal  
de atrevida mariposa,

En los brazos de su amante  
la bella se desmayó  
y en palidez convirtió  
las rosas de su semblante;  
se cerraron al instante  
sus ojos, la luz perdida,  
y sólo señal de vida  
daba el pecho palpitante.

La extrañeza conmovía  
a Ricardo fuertemente,  
gozando como un torrente  
de una súbita alegría;  
sueño rápido creía  
la más dulce realidad,  
admiraba la beldad  
de su amada, y la decía:

«¿Eres tú, tesoro mío?  
¿Acaso vana ilusión  
engaña mi corazón  
con un necio desvarío?  
¿Acaso cuando confío  
tener lo que estimo más,  
eres sombra y volarás  
con un desengaño impío?

»Mas, ¿cómo puedo temer  
apariencia engañadora,  
si el alma que tanto adora  
lo contrario me hace ver?  
¿Quién podrá desposeer  
al más sincero amator  
del tesoro del amor  
tras de tanto padecer?

»¿Quién sólo idear pudiera  
profanarte, flor gentil,  
sin que su sangre vil  
no pagase su quimera?  
De mi furia atroz y fiera  
ni el asilo de piedad  
ni el vestido de humildad

preservarlo consiguiera.

»Mas, triste y casi sin vida,  
no respondes a mi afán,  
y tus luceros están  
sin la luz apetecida:  
vuelvan a la luz querida,  
y contempla a tu amador  
cuál le puso su dolor  
cuando te lloró perdida.»

En órbitas transparentes,  
las lágrimas del amante,  
de Ormesinda en el semblante,  
deslizaban reverentes,  
lágrimas dulces y ardientes  
que, sobre nieve y jazmín  
de tan bello serafín,  
caían de hermosas fuentes.

Su activo y violento ardor  
a las marchitadas rosas,  
con artes maravillosas,  
restituye su color;  
vuelos ya de aquel sopor  
los luceros adorados,  
de los párpados pesados  
rompen el yugo opresor.

¡Ah! La fuerza singular  
que en sus ojos puso el cielo  
es desesperado anhelo  
atreverse a retratar;  
sólo es dado a penetrar  
a los sensibles amantes  
de unos ojos siempre errantes  
los secretos, y callar.

Mas, cuando Ormesinda vio  
aquel hórrido vestido  
que cubría a su querido,  
fúnebres suspiros dio;  
vez segunda le miró  
y, culpando al cielo  
en amargo desconsuelo  
de esta manera exclamó:

«Ese mísero sayal  
sólo servir debe a aquél  
que a su dulce amor infiel  
dio la espalda desleal;  
es sólo triste señal  
de oscura y humilde suerte,

es insignia de la muerte,  
es mortaja funeral.»

«Un padre inhumano fue  
(Ricardo le respondió),  
quien el traje me vistió  
del claustro que detesté;  
si en el altar humillé.  
Cual víctima, mi cerviz,  
jamás por ser infeliz  
pude renunciar tu fe.

»No distingue de vestido  
el que es cariñoso amor,  
ni cuida del exterior  
en el corazón nacido;  
si siempre tu amante he sido,  
dígalo el cielo a quien di  
palabras que no cumplí  
en la soledad metido.

»No te horroricen, mi bien,  
estos mal cubiertos brazos,  
porque más estrechos lazos,  
¿quién puede formarlos, quién?  
ven, dulce adorada ven,  
que, bajo un paño grosero,  
el amor más verdadero  
nunca mereció el desdén.»

»Ricardo mío, jamás,  
respondió la ninfa hermosa,  
a Ormesinda desdeñosa  
o cruel encontrarás;  
hasta el sepulcro verás  
en mí constancia y amor  
y tal vez, aquel valor  
que tú mismo no tendrás.

»Contra viles opresores  
conocerá el mundo entero  
que el cariño verdadero  
sabe despreciar furores  
y que, cuando mi horrores  
siembra doquier su fiereza,  
vence la naturaleza  
de los tiernos amadores.

»¡Dulce suspirado mío,  
cuál ha puesto tu hermosura  
la funesta desventura  
y el rigor del hado impío!  
Tu rostro triste y sombrío

con la palidez mortal  
causa en mí un acerbo mal  
que en vano expresar porfío.

»¡Tus ojos, cómo perdieron  
aquel brillo encantador,  
y tus labios el color  
con que un día se tiñieron!  
Tus cabellos me prendieron  
en la red de amor también,  
mas ahora no los ven  
estos ojos cual los vieron.

»¡Inhumanos! ¡Despojar  
de su pompa y lozanía  
la planta que el cielo cría  
para adorno singular  
es lo que queréis llamar  
virtud santa y religión!  
¡Tiranía y opresión  
sabéis sólo ejercitar!

»La virtud piedad respira,  
jamás fueron sus intentos  
sofocar los sentimientos  
que naturaleza inspira;  
el mundo en el eje gira  
eternamente de amor,  
siempre será un opresor  
quien quiera abatir su pira.»

»Sí, bien mío, respondió  
Ricardo; vivir aislado,  
como en vida sepultado,  
no lo aprueba el cielo, no;  
quien para nadie vivió,  
quien sólo para sí mismo  
al negro y vil egoísmo  
cual víctima se entregó.

»Privado de sensaciones  
que imprime la beldad fiel,  
sólo de ingrato y cruel  
aprenderá las lecciones;  
los sensibles corazones  
han nacido para amar,  
hacer bien y disfrutar  
de este bien en sus acciones.

«Insensibles, estudiad  
la sabia naturaleza,  
en donde de su grandeza  
luce Dios la majestad;

la avecilla contemplad  
cuál del tierno amor flechada  
canta siempre enamorada  
de su dulce libertad;

»Pero si en cárcel odiosa  
inhumanos la encerráis,  
si del nido la priváis  
en donde su par reposa,  
su existencia dolorosa  
arrastrando en dura suerte,  
querrá preferir la muerte  
a la cárcel enojosa.

»Ven, pues tierna enamorada,  
orgullo del corazón,  
ángel de consolación,  
siempre dulce y suspirada.  
¿Ves aquella cruz alzada  
al pie del sauce frondoso?  
ella de un amor dichoso,  
en la soledad amada,

»Escuche los votos, sí;  
mi juramento reciba  
de ser te fiel mientras viva  
y de suspirar por ti;  
después que triste viví,  
sea el mismo padecer  
gloria bella del querer  
que te pueda unir a mí.

»Y cuando insensibles seres  
han proscrito nuestra unión  
la confirme el corazón  
despreciando pareceres:  
yo te quiero, tú me quieres,  
dí, ¿quién puede disputarnos  
los derechos de adorarnos  
para hollar nuestros placeres?

»Cuando tu voz oiré  
prometiendo amor eterno  
contra el mundo y el averno.  
de la santa cruz al pie,  
satisfecho quedaré  
de mi afortunada suerte,  
y las iras de la muerte  
vencedor despreciaré.»

Dijo; de la mano asido  
de la bella que adoró  
ante la cruz se postró

amoroso y compungido,  
y del labio enardecido  
de amador tan firme y tierno  
salió el juramento eterno  
de amar siempre sin olvido.

Mas el ver a la hermosura  
adorando aquella cruz,  
fue ver el ángel de luz  
que preside a la ventura:  
halagaba el aura pura  
sus cabellos, que flotaban,  
y los céfiros jugaban  
con la blanda vestidura.

Cuando sus votos juró,  
el sauce verde y pomposo  
con su ramaje frondoso  
hasta el suelo se inclinó,  
el susurro se calmó  
de los árboles mayores  
y el cáliz de hermosas flores  
blando aroma respiró.

El hijo de Citerea  
transformado en mariposa  
por la soledad umbría  
revolando se recrea;  
ya en un tallo balancea  
su cuerpecito donoso,  
ya en más plácido reposo  
liba el cáliz que desea.

Ya finge ser engañado  
por los labios de Ormesinda  
de aquel néctar con que brinda  
su boquita enamorado,  
y con vuelo prolongado  
forma en lindos devaneos  
de esperanzas y deseos  
laberinto delicado.

Mas las horas, que fatigan  
del tiempo el curso dormido,  
no hay instante apetecido  
en que al amor no persigan:  
ellas a romper obligan  
los lazos de los amantes,  
sin que lágrimas constantes  
su vuelo parar consigan.

Pues el secreto mayor  
para guardar su joyel



de todo peligro infiel  
interesa al amador.  
Ricardo, es fuerza partir...  
¡Inocente!, no sabías  
que tus dulces alegrías  
en tal trance han de morir.

¡Cómo se abrazan los dos!  
¿Quién los puede separar,  
si con fuerza singular  
el alma se marcha en pos?  
Fuerza y secreto, sois vos  
quien decide a la razón;  
se les parte el corazón  
y el eco repite: adiós.

## IX. LA AMISTAD

La amistad y el amor son dos consuelos  
Que nos dispensa, en medio de los males.  
La benigna influencia de los cielos.

## ARRIAZA

Ya las brisas de la noche  
las praderas refrescaban  
blandamente,  
y de Delia el blanco coche  
los caballos arrastraban  
a occidente;  
sueños leves, imitando  
mil figuras diferentes,  
iban a todas las gentes  
su dulzura regalando.

Calla el bosque y la espesura,  
calla el monte cavernoso,  
con el valle;  
no hay ave pintada y pura,  
de gorjeo primoroso,  
que no calle,  
pues hasta el arroyo y fuente,  
convidando a descansar,  
sólo saben murmurar  
poco a poco y sordamente.

¡Oh, mortal contemplador,  
observa y goza tu bien,  
porque amado  
del magnífico Hacedor  
debes darte el parabién!  
Ha mandado

que el alma naturaleza  
tenga al hombre por su dueño,  
y guarde su dulce sueño  
de las sombras la tristeza.

¡Qué dulce fuera escuchar,  
en desierto tan amado  
ya tal hora  
el sabroso razonar  
de quien tuviese a su lado  
su señora!  
¡Cuán frescos y regalados  
los céfiros en sus alas  
llevaban como galas  
los suspiros abrasados!

Mas no sólo las delicias  
de Pafos a la deidad  
se guardaron,  
porque también sus caricias  
los dioses a la amistad  
reservaron,  
y parten entre los dos  
ternuras, placer y afecto  
si llegan a un fin perfecto  
la amistad y el ciego dios.

Por eso, abrazada Elvira  
de Ormesinda encantadora,  
como yedra  
que sólo si en torno gira  
del duro tronco que adora  
sube y medra.  
Parece quiere enlazar  
en una dos almas bella  
que el rigor de las estrellas  
ha resuelto separar.

Con ósculos cariñosos  
oprime su blanco seno,  
que palpita;  
mil suspiros fervorosos,  
que de amor lo dejan lleno,  
deposita,  
y parece que su anhelo  
es hallar el corazón  
y moverlo a compasión  
de sus ansias y desvelo.

Exclama: «¿Me abandonáis  
amiga y señora mía,  
sin consuelo?  
¿Mis lágrimas no apreciáis,

que abrasan la arena fría  
de este suelo?  
¿En un pecho amado y fiel,  
¡Cielos!, cabe tal dureza?  
¿Cuándo ha sido la belleza  
tan ingrata y tan cruel?

»¿Sois vos la que en mi regazo,  
que blanda amistad respira,  
reclinada,  
decíais que un sólo abrazo  
de esta vuestra triste Elvira,  
desdichada,  
calmaba vuestros pesares,  
cual de Neptuno la esposa  
disipa con faz hermosa  
la soberbia de los mares?

»¿Soy yo la que, enardecida  
con tan mágico placer,  
os miraba  
con eterno lazo unida,  
sin recelos de perder  
lo que amaba?  
O me engañó la ilusión  
con su mentido pincel,  
o se ha mudado en infiel  
vuestro tierno corazón.

»Os seguiré; separarnos  
y romper tan bellos lazos  
no es posible:  
si nacimos para amarnos,  
¿podéis ser a mis abrazos  
insensible?  
Que os acompañe dejad,  
y que lo que a mi dolor  
ha negado vuestro amor,  
Lo conceda la piedad.»

«¡Infeliz! (dijo Ormesinda),  
¡Amorosa criatura!  
¡Cuál me mata  
el llanto que en tu faz linda,  
marchitando la hermosura,  
te maltrata!  
Pero sabe que el sendero  
que me convida y encanta  
no lo pisa humana planta  
sin peligro lastimero.

»Cupido de un noble pecho  
jamás exige menguados

sacrificios:  
hay un acueducto estrecho  
que ofrece por ambos lados  
precipicios,  
y de un monte cavernoso  
toma cristalina vena,  
con que otros conductos llena  
de un recinto religioso.

»Es muy fácil su subida;  
mas su línea recorrer,  
dilatada,  
sólo puede la que herida,  
cual yo, busca del placer  
la morada;  
sí, del acueducto el fin.  
Rotos tantos embarazos,  
me colocará en los brazos  
de mi amado serafín.

»Allí me llama la suerte,  
allí todos los amores  
cara Elvira;  
yo sé despreciar la muerte,  
su trance viles temores  
no me inspira;  
lo que teme el corazón,  
tierna amiga, y lo que llora,  
es de la que tanto adora  
la cruel separación.

»Porque la dudosa senda  
adornan con lirio y rosa  
bellas flores.  
Precede el amor sin venda  
y de antorcha luminosa  
los fulgores;  
tu abandono para mí  
sí que es precipicio triste,  
donde la luz no me asiste,  
Que para siempre perdí.»

«¡Cielos! (Elvira responde).  
¿Qué signo triste y fatal  
os inclina,  
mientras la razón se esconde,  
a buscar el ciego mal  
que os domina?...  
De vuestra separación  
sólo augura el alma mía  
desgracias de suerte impía,  
muerte, luto y aflicción.

»Si no, mirad ese cielo  
cual con nubes espantosas  
se ha enlutado;  
mirad qué funesto velo  
las luces más primorosas  
ha ocultado,  
y cómo la luna bella  
(cual sin mí vos os quedáis,  
si cruel me abandonáis)  
aparece sin su estrella.

»Amenazan los enojos  
del airado firmamento.  
tierna amiga;  
poned en él vuestros ojos,  
y cese el osado intento  
que os obliga,  
con amoroso artificio,  
a buscar en noche oscura  
una muerte acerba y dura,  
y por tumba un precipicio.»

Ormesinda contestaba:  
«Ese cielo que ha causado  
tus temores,  
jamás mi tormento acaba,  
jamás sereno ha mirado  
mis amores;  
deja, pues, que forme alarde  
de su tétrico furor,  
que asistido del amor  
nadie pudo ser cobarde.

»Quieres que una triste vida,  
que arrastro con aflicción,  
precie tanto?  
¿Y que, cuando prevenida  
veo la consolación,  
necio espanto  
robe a mi labio sediento,  
solicito de beber,  
una copa de placer  
y colmada de contento?

»Flor mezquina que ha nacido  
en desierto abrasador,  
que se muere  
sin arrimo apetecido,  
sin sombra contra el ardor  
que la hiere,  
tal, Elvira, es la hermosura;  
si la privas del querer  
muere al punto de nacer,

se disipa y nada dura.

»Pimpollo, por el contrario,  
de cultivado pensil  
que enamora  
hasta que al bóreas más vario  
cede su imperio gentil,  
leve Flora  
es la célica beldad,  
en la dulce posesión  
amada del corazón,  
mientras goza de su edad.

»Tú, de Roberto adorada,  
disfruta de su cariño  
la dulzura;  
vuela nuestra edad cansada  
y oponerse al niño ciego  
no es cordura...  
En los brazos de tu amado  
acaso me olvidarás...  
Dime, Elvira, ¿me amarás  
como siempre me has amado?»

Y Elvira: «¿Merece acaso  
una duda tan cruel  
mi ternura?  
De mi edad en el ocaso,  
y cuando la parca infiel,  
terca y dura,  
cortare mi triste vida,  
al sepulcro llevaré,  
cara Ormesinda, la fe  
que me tiene a vos unida.

»Allí, si me fuere dado  
cual leve sombra vagar  
un momento,  
vuestro nombre idolatrado  
publicado sin cesar  
por mi acento  
será en el sepulcro frío  
como prueba irrefragable,  
que si fue Ormesinda amable,  
supo amarla el pecho mío.

»Mas, ¡ah!, de la oscuridad  
la tristeza y los horrores  
van creciendo,  
la furiosa tempestad  
con los vientos bramadores  
va viniendo.  
Tened, cielos, compasión

y cese vuestro furor,  
que inocente nuestro amor  
siempre mereció perdón.»

Y Ormesinda: «Al grato abrigo,  
paloma adorada vuela,  
corre al lado  
de tu tierno y fiel amigo,  
que tus lágrimas consuela  
con su agrado;  
a ti te llama su arrullo.  
a mí me llama el valor  
a despreciar el furor  
de los vientos y su orgullo.»

Dijo; y leve exhalación  
en medio del firmamento  
resplandece:  
El nebuloso aquilón  
contra el bóreas turbulento  
se enfurece,  
y del trueno al estallido  
hacen eco las montañas,  
conmovidas sus entraña»  
con el hórrido estampido.

## X. EL ACUEDUCTO

Más de una vez, del mismo seno oscuro  
De los claustros, se exhalan los suspiros  
Del fiero amor en las oscuras noches.  
—ANÓNIMO

Imagen de la muerte, blando sueño  
que alivias los pesares,  
inspira mis cantares  
mientras gozan los hombres tu beleño.

Tú, en la cimera gruta recostado  
sobre lecho mullido  
de un ébano bruñido,  
gozas de tu descanso prolongado.

Allí jamás resuena voz alguna:  
Ni el perro con ladridos,  
ni el búho con gemidos,  
ni el gallo con su canto te importuna

Hondo silencio, sepulcral olvido,  
sosiego regalado  
y un ocio continuado  
cercan el lecho donde estás dormido.

Del esplendente Febo a la luz pura  
no se concede entrada  
en tu feliz morada,  
siempre tranquila, soñolienta, oscura.

Pero cuando las sombras horrorosas  
extienden su tristeza,  
levantas la cabeza  
de las plumas más blandas y preciosas

Y, sacudiendo las felices alas,  
repartes tu dulzura  
a toda criatura,  
visitando las chozas y las salas.

¡Qué glorias no te debe el amor mío,  
Oh sueño venturoso!  
¡Y cuánto susto odioso  
no me causó también tu desvarío!

Mil veces tu pincel grato y risueño  
me presentó mi diosa  
sensible y amorosa,  
y, envuelto en el placer, disfruté el sueño;

Otras, tu ilusión vana y fementida  
tan sólo la retrata  
tan dura como ingrata,  
y pienso en mi dolor perder la vida.

Mas di, ¿por qué no goza tus caricias  
Ricardo generoso?,  
¿Por qué con el reposó  
le privas de tus mágicas delicias?

¿Por qué, si has visitado complaciente,  
tras trabajoso día  
la habitación sombría  
de tanto solitario penitente,

él sólo no cerró sus tristes ojos  
para olvidar los males  
que a todos los mortales,  
con poca distinción, causan enojos?

¡Ah sueño encantador! Es tu enemigo  
el hijo de Citeres;  
celoso en sus placeres,  
por amar la inquietud, riñó contigo.

Si sufre por la ausencia dolorosa  
o por desdén se queja,



siempre de ti se aleja  
y te teme cual víbora dañosa.

Mas ya si de los celos la bebida  
sus labios han probado,  
más duro y obstinado  
en su funesto afán llora y te olvida.

Sólo de su querer en blando goce,  
cuando apuró sus gustos,  
no puedes darle sustos,  
y por amigo fiel te reconoce

Contigo breve rato se consuela,  
pues si por un contento  
amor duerme un momento,  
por pesares sin fin siempre está en vela.

La tempestad que el cielo y tierra agita,  
robándoles la calma,  
suspensa tiene el alma  
del tierno enamorado cenobita.

El recuerdo feliz de la ventura,  
que al estrechar los lazos  
gozara entre los brazos  
de Ormesinda constante en su fe pura,

colma el placer, y al leve pensamiento,  
cual mágico torrente  
de rápida corriente,  
viene a inundar en celestial contento.

Truena el Olimpo y el Eterno airado,  
sobre encendida nube  
que por el polo sube,  
de rayos que deslumbran está armado

y a no calmar las celestiales iras  
de Dios en la presencia  
la virtud e inocencia,  
ardiera el mundo en horrorosas piras.

A la luz de un relámpago inflamado,  
Ricardo ha distinguido  
flotar leve vestido  
sobre el alto acueducto dilatado

que baja a su jardín y, en cauces varios,  
con linfa regalada  
fecunda la morada  
de aquellos penitentes solitarios.

Apenas divisó la vestidura  
con pasajera lumbre,  
cuando en la incertidumbre  
sumergido se vio por niebla oscura.

Juzga que será el ángel poderoso  
que el huracán preside,  
mientras venganzas pide  
contra el mundo perverso y engañoso.

Porque jamás osará mortal planta,  
por firme y por segura,  
correr aquella altura  
que entre mil precipicios se levanta.

Segunda vez la esfera se ilumina;  
preséntase cercana  
la ninfa soberana,  
la sílfida amorosa y peregrina.

«¡Oh genio del dolor (Ricardo exclama),  
que riges el aliento  
del bóreas turbulento  
y enciendes en las auras viva llama!

«Deja de perseguir estas regiones,  
do la virtud austera  
tan sólo se venera;  
huye con los sonoros aquilones.

»Huye, que no está lejos mi tesoro,  
y temo que el ruido  
del trueno repetido  
arranque de sus ojos triste lloro.

»¡Ah, respeta la choza do respira  
la flor de la hermosura  
más delicada y pura,  
con la sensible y cariñosa Elvira.

»¿Quién eres?... mortal, no; porque te brinda  
con alas raudo viento...  
¿Quién eres?...» Al momento  
le respondió una voz: «Soy Ormesinda.»

No fueron, no, las dulces expresiones  
las que sonaron luego,  
porque en tan vivo fuego  
primero se han de hablar los corazones.

El jardín que Ricardo cultivaba  
esencias olorosas  
de lirios y de rosas,

herido de las aguas, respiraba.

La tempestad su horror desvanecía,  
la luna rutilante  
su cándido semblante  
entre nubes opacas descubría.

Alumbraban sus tibios resplandores,  
no sin algún espanto,  
por ser el lugar santo,  
la escena más feliz de los amores.

Mientras el fiel Ricardo tal consuelo  
y tanta maravilla  
postrada la rodilla,  
agradecer quería al alto Cielo.

En sus brazos gustosa reclinaba  
la tímida belleza  
su lánguida cabeza,  
y con dulce sonrisa le miraba.

Recordando el amor la triste historia  
de aquel funesto instante  
en que juró el amante  
a Ormesinda borrar de su memoria.

Cuando fue en el altar víctima triste  
que, al ver de su suplicio  
el manifiesto indicio,  
alarga el cuello, calla y no resiste.

Se sonríe el rapaz del trance duro,  
y por el santo asilo  
resuenan sin sigilo  
las flechas en la aljaba de oro puro.

«¡ Cielos!, dijo Ricardo; yo venero  
vuestro poder divino,  
conozco mi destino;  
aprobasteis mi amor por verdadero.

«¿Quién pudo preservarte, hermosa mía  
del precipicio abierto,  
sino el cariño cierto  
de un ángel que tu planta dirigía?

«Sábetete que jamás mortal cuitado  
osó la empresa dura  
buscando sepultura  
al pie del acueducto que has pisado.

»¡Y de noche!, ¡qué horror! ¿Acaso sueño

que estás aquí conmigo  
gozando de este abrigo  
libre de todo riesgo, amado dueño?

»¡Oh, la más hermosa y la más fuerte  
de todas las mujeres,  
origen de placeres,  
digna de ser amada hasta la muerte!

»¡Quién te podrá igualar! ¡Cuál enamoras!  
El mar es dilatado  
pero tu pecho amado  
no puede tener límites, si adoras.

»Mas, ¿cómo has de poder en cárcel dura  
pasar los largos días  
sin dulces alegrías,  
marchitando la flor de tu hermosura?»

«¡Tibio amator!, responde la doncella,  
la que respira al lado  
del bien idolatrado  
nació con grata y bienhechora estrella:

»Toda mi libertad es adorarte,  
gozar de tus miradas  
y en horas suspiradas  
disfrutar tus caricias y agradarte.

»Ponme sin ti en los plácidos jardines,  
do la odalisca hermosa  
el aura voluptuosa  
respira de los nardos y jazmines,

»y sentirá la dura tiranía  
mi cariñoso pecho  
bajo dorado techo,  
en muelles gustos, danzas y armonía.

»Pero contigo, ¡ay, Dios! en ardorosa  
Sirte nunca habitada  
tendré feliz morada,  
querida libertad, vida dichosa.

»A ti para gozar te formó el Cielo,  
a mí para que amase  
y para que apreciase  
cuánto vale un halago y un consuelo.

»No puedes conocer, no de mi pecho  
la intrépida firmeza:  
tú juzgas fortaleza  
del horrible acueducto el paso estrecho;

»Mas, ¡ah! ¡Dejar a un padre que quería  
mi dicha y mi ventura,  
Ricardo! ¡Qué locura!  
Esa es ferocidad más que osadía.

»Sí, déjame llorar, que cada gota  
es bálsamo de vida  
para curar la herida  
que parte el corazón y sangre brota.

»El tirano del Turia le llamara  
del Cid a las almenas:  
¿Quién sabe si en cadenas  
llora la ausencia infiel de la que amara?

»¡Padre infeliz! Tal vez no dura suerte  
ni el déspota en su encono,  
sino de mi abandono  
el delito feroz te da la muerte.

»¡Ah, perdona!, ¡perdona, padre mío!  
Tu sabes que te adoro  
cual único tesoro,  
y que amor autoriza mi extravío.

«¡Ricardo!, ¡qué consuelo en este instante  
requiere el alma mía!  
La plácida alegría  
sólo puede volverme tu semblante.

»Mírame con amor firme y eterno,  
que el fuego que en mí admiras  
despreciará las iras  
de los monstruos y furias del Averno.

»Hasta la tumba te amaré, bien mío;  
allí la activa llama  
que el corazón inflama  
sólo se apagará con mortal frío.»

Cesó Ormesinda en sus acentos fieles  
y, con un suspiro blando  
que el pecho fue enviando,  
se cerraron sus labios de claveles.

Con los hermosos brazos sostenida  
del suspirado amante,  
tras pasajero instante,  
sin penas tristes pareció dormida.

Ya la gran noche pasaba  
E la luna sestendía,  
La clara lumbre del día  
Radiante se mostraba.  
(Colección de poesías  
anteriores al siglo XV.)

Del alba la luz visita,  
rotos los nocturnos lazos,  
a la hermosura en los brazos  
de un amante cenobita.

Sus párpados, que halagaron  
blandos ósculos de amor,  
débiles a tanto ardor,  
con el sueño se cerraron.

Mas no puso el leve sueño  
treguas a la activa llama  
con que el corazón se inflama  
por un suspirado dueño,

Porque con grato pincel  
las delicias prosiguió  
que primero comenzó  
a trazar cariño fiel.

En pos de la realidad  
vino rápida ilusión,  
y disfrutó el corazón  
De las dos la variedad.

¡Dicha dulce y delicada,  
que ha de ser segura y cierta  
a la voluntad despierta  
que tanto la amó soñada!

¡Oh claustros!, ¡oh soledad!  
No por los cerrojos duros  
de aquel dios estáis seguros,  
que holló vuestra santidad.

Él, por raro y prohibido,  
sólo apeteció el placer;  
cosa fácil de vencer  
nunca empeña al atrevido.

Cuando le place, doquier  
levanta el rapaz su altar.  
¿Quién su vuelo ha de parar?  
¿Quién su esfuerzo contener?

A sus tiros inmortales  
tan débil será el jardín  
De Patos, como el confín  
del templo de las vestales.

Al matutinal albor  
bien parece en la espesura  
abejuela que murmura  
sobre el cáliz de una flor;

Pero la rosada aurora,  
si apresura su llegada,  
es por ver la dicha amada  
del que abraza a su señora.

Lentamente sus fulgores  
la luz clara va aumentando,  
y la noche retirando  
con su manto sus horrores.

De Ormesinda los cabellos,  
divagando a su albedrío,  
figuran el extravío  
de amor, que jugó con ellos.

Temeroso de llegar  
a sus labios de carmín,  
sobre el seno de jazmín  
sólo quieren undular.

Su pecho, cual resentido  
de este leve atrevimiento,  
más sensible movimiento  
manifiesta conmovido.

Parece que el corazón,  
ebrio con tanto placer,  
quiera los diques romper  
o salir de su prisión.

¡Oh seno do amor durmió!  
Quien quiso con su pincel  
formar tu traslado fiel,  
tus gracias no mereció.

Pues a mísero amador  
no fue dado ponderar  
tu belleza singular  
y tu celestial primor.

Velado, das a la vez  
vida y muerte al que te vio;  
seno do el amor durmió,

¿cuál será tu desnudez?

Ofrenda de bellas flores  
mi afecto te quiso dar,  
mas sería profanar  
tu nieve con sus colores;

Que en maridaje gentil  
el jazmín y frescas rosas  
en tus pomas amorosas  
han formado su pensil.

Enmudezca el verso osado  
y, atónito el corazón,  
adore tu perfección,  
desistiendo del traslado.

Dio, en lucha feliz y grata,  
húmedo beso de amor  
a su labio encantador  
el matiz de la escarlata.

Dulce almíbar libó en él,  
y el amante afortunado  
sin que apurase su miel  
con ósculo prolongado.

Os saludo, hermosos besos,  
prendas fieles del cariño  
en que ha puesto el ciego niño  
mil dulzuras y embelesos.

¡Anuncios de almo placer!  
¡Feliz comunicación  
de dos almas que una son  
en gozar y padecer!

¡Ah! vosotros disipáis  
las tristezas y el dolor.  
Sois principio del amor  
y jamás le abandonáis.

Si cansado se adormece,  
le movéis al blando juego,  
pues sólo con vuestro fuego  
se alimenta, nace y crece.

Vuelta al suspirado dueño,  
mírale la ninfa amada.  
¡Cuánto dice esta mirada  
que ha callado el almo sueño!

Con un singular portento,



comunica el corazón  
al semblante una expresión  
que dice más que el acento.

Dice afecto agradecido  
que se deleita en su bien,  
dice que es feliz también  
un amor correspondido.

Todo el oro y la riqueza  
no compensa una mirada  
tan tierna y tan delicada  
de la celestial belleza.

Pero Cupido enseñó,  
por ser docto y diestro en eso,  
que se paga con un beso,  
mas con otra cosa, no.

«La luz, dulce compañera,  
dice Ricardo amoroso,  
rompe el velo tenebroso  
para iluminar la esfera;

»mas para aquél que miró  
tus ojos encantadores,  
tibios son los resplandores  
que la aurora despidió.

«Lindas alas sacudiendo,  
nos ofrece el ceferillo  
blando aroma de tomillo  
que en el monte va creciendo;

»Mas tu aliento para mí,  
como principio vital  
me hace feliz e inmortal  
si no me aparto de ti.

»¿Escuchas cuán bien apura  
sus quejas y su dolor  
del celoso rui señor  
la garganta leve y pura?

»Su voz recrea el oído,  
mas la tuya al corazón  
inspira consolación  
después que halagó el sentido.

«¡Hija del placer, nacida  
como perla del rocío!  
¡Delicia del amor mío,  
muy hermosa y más querida!

»¿Acaso de alguna flor  
en el cáliz virginal,  
para consuelo a mi mal  
te ha formado el Criador?

»¿Eres, di, la más airosa  
de las ninfas de Diana?  
¿O de Juno eres hermana?  
¿O acaso la misma diosa?

»Porque tu voz y semblante  
nada tiene de mortal,  
y es sin duda celestial  
tu mirada penetrante.

»Tus ojos son de paloma,  
mientras ebria de placer,  
sin poderse contener,  
de su par los besos toma;

»Y el vuelo de tus amores  
es el suyo, si se empeña  
en buscar quebrada peña  
para ocultar sus ardores.

»Tu planta, si en el pensil  
pisa la pintada flor,  
pasa y guarda su primor  
sin dejar huella sutil;

»Por eso tus sendas Flora  
con sus dones va adornando  
y a tus plantas preparando  
una alfombra encantadora.

»Ángel de paz y de amor,  
que a mí me enamoras tanto  
no fue digno de tu encanto  
ese mundo engañoso.

»Vives en la soledad,  
yo soy al mundo argumento  
que en el mismo abatimiento  
se halló la felicidad.

»Porque, mientras un vestido  
de tristeza y de dolor  
de tu sincero amador  
cubre el cuerpo enflaquecido,

»mientras soy considerado  
por modelo de pobreza,

tengo la mayor riqueza  
que en el mundo se ha encontrado.

»¿Quién te puede disputar  
la juventud y el candor?  
¿Quién las gracias del amor?  
¿Quién la constancia en amar?

»¿Quién más feliz que tu amante?  
¿Qué pudo en la perfección  
anhelar el corazón,  
que no tenga tu semblante?

»Por la púrpura real,  
y por el poder que da  
Ricardo no cambiará  
este mísero sayal;

»envanézcase el valor,  
venza do quiera el poder...  
¿Para quién será el placer?  
Sólo para tu amador.

»Los señores del Perú  
bella amiga, los monarcas,  
no compraron con sus arcas  
un tesoro como tú;

»ni circasiana beldad  
apareció más bonita  
de orgulloso sibarita  
implorando la piedad.

»¡Oh! ¡Cuán dulce es a tu amado  
besar después del martirio  
tus ojos, donde el delirio  
de tu amor está pintado!

Esos ojos seductores,  
grato origen de mi afán  
que ya inflaman el volcán,  
ya mitigan sus ardores.

»¡Ah! Para un incendio tal,  
que consume el alma mía  
en medio de la alegría,  
es muy débil un mortal.

»Tus favores y caricias  
pertenecen a algún dios:  
furtivamente, los dos  
le robamos las delicias,

»Me enajenas, si me miras,  
y tus ojos al bajar,  
me vuelves a enamorar  
con la timidez que inspiras.

»En el sonreír graciosa,  
en el suspirar amable,  
en las gracias envidiable,  
siempre bella, siempre hermosa!.

»Inclina sobre mi seno  
tu cabeza, que en mi afán  
es precioso talismán  
que de amor lo deja lleno.

»Nuestras almas... !oh, consuelo!,  
ya no pueden resistir,  
y unidas van a salir  
de la esclavitud del suelo.

«¡Cuál en mis brazos te miro!...  
¡Desfalleces!... Dos amantes  
van a partir por constantes  
de las sombras al retiro.»

«Vivamos para gozar,  
Ormesinda respondió;  
dichas que el Cielo nos dio  
no se deben despreciar.»

Dijo; y en el lugar santo  
del Eterno en los altares  
ya sonaban los cantares  
con un religioso espanto.

Y al Ser supremo propicio  
ya los místicos varones  
ofrecían oraciones  
e incruento sacrificio.

## XII. EL CEMENTERIO

No siempre es de día,  
No siempre hace oscuro,  
Ni el bien de alegría,  
Carillo, es seguro:  
Que amor es perjurio,  
Tras él no te guíes,  
¡Cata, que no llores  
Lo que ahora ríes!  
—ANÓNIMO

Hay junto al claustro que Ricardo habita  
un ancho y espacioso descubierta  
do gozan el olvido de la tumba  
de los varones místicos los huesos.

Allí todo es horror, árido, triste:  
en torno, desigual se muestra el suelo,  
y la tierra movida pone espanto  
al que contempla su insaciable seno.

Aquí y allá marchita comparece  
fúnebre planta de enfermizo medro,  
compañera infeliz de los sepulcros  
que apetece de lágrimas el riego.

De informes troncos sacrosantas cruces  
el depósito marcan, do los restos  
de la mortalidad frágil y triste  
yacen en polvo miserable envueltos.

De los frondosos árboles que planta  
rústica mano de colono experto  
ninguno en el recinto solitario  
templa el ardor con su ramaje fresco;

Sólo el alto ciprés a los mortales  
muestra su gratitud y su respeto  
y preside su pompa funeraria  
del mismo olvido universal exento.

Y si un rosal ocupa en los dominios  
de la Parca cruel estéril puesto,  
en sus hojas marchitas se retrata  
la palidez mortal de los espectros.

Es voz común que, al extender la noche  
el manto brillador de sus luceros,  
mil fantasmas temibles y horrorosas  
discurren por el triste cementerio,

y se escuchan gemidos infelices  
de víctimas que el hábito vistieron  
contra su voluntad, y hasta la tumba  
arrastraron su pena y su tormento.

Reposa aquí Teodoro, que, arrancado  
al cariñoso afán y amor materno,  
breves días de duras aflicciones  
sobrevivió a tan crudo apartamiento.

Al pie de su sepulcro comparece  
tímida flor de funeral beleño,  
símbolo de su angélica belleza

y de la hiel que emponzoñó su pecho.

El prelado su muerte prematura  
atribuyó tan sólo a los deseos  
de unirse con el Padre de las luces,  
y salir de este mísero destierro.

¡Oh joven infeliz! Tu la ventura  
pudieras haber sido y embeleso  
de una esposa gentil, pues los amores  
te formaron sensible, hermoso y tierno.

Del doncel malogrado y cariñoso  
Poco dista la tumba de Lorenzo.  
Éste, al voto de un padre temerario  
debió el sayal humilde y el encierro,

Y, cual de la persona de un esclavo  
dispone el comprador con duro ceño,  
sacrificó sus años juveniles  
y holló su libertad capricho ajeno.

Aquí buscó el descanso a sus dolores;  
pálido, consumido, macilento,  
si la muerte anheló, fácil fue hallarla  
en tan grave opresión y cautiverio.

Distinguen su sepulcro estas palabras:  
«Al Señor consagró sus años tiernos;  
tuvo en el claustro humilde sus delicias,  
y las cambió por el descanso eterno.»

¡Oh divina verdad! Si la malicia  
te privó del asilo de los muertos,  
do enmudecen del hombre las pasiones,  
¿dónde se halla tu luz y tu consuelo?

En este lugar triste y retirado  
labra un sepulcro a su cansado cuerpo  
un siervo del Altísimo, que logra  
común veneración y santo aprecio.

Tras un breve trabajo levantando  
sus ojos cristalinos a los cielos,  
vio a un ángel, vio a Ormesinda, que, alterada  
del pesado azadón oyó los ecos.

Y, asomando su rostro a una ventana  
cual genio apareció, mientras los euros,  
celosos de su encanto y hermosura,  
blandamente halagaban sus cabellos.

De las manos del hombre penitente

cayó entonces el rústico instrumento  
y muda admiración con el espanto  
petrificó sus descarnados miembros.

«¡Oh Dios!... ¡Una mujer!... dijo al asceta.  
¡El encanto feliz del universo  
se encierra en este lóbrego retiro  
do tiene la virtud altar y templo!...

»¿Quién pudo ser el hombre temerario  
que con furtivos y arriesgados medios,  
profanando del justo la morada  
imaginó un delito tan horrendo?

»¿Cuándo pudo el amor de los placeres  
ocupar el santuario del Eterno?  
¿Cuándo la virtud santa en su retiro  
caer en la ignominia y vilipendio?

»Mas la tierna beldad... ¡Ah!... Su retrato  
es temible a los santos... Sus luceros  
encantan, enamoran... Su mirada  
convierte los sepulcros en contentos.

»¡Infeliz! Estos claustros donde moras  
se oponen del amor a los deseos;  
a tu belleza y juveniles años,  
y al mismo seductor, ¡oh, cuán funestos!

»El que ofreciera a Dios terribles votos  
sin entregar su corazón entero,  
el que por los halagos mujeriles  
faltó del Criador a los preceptos,

»adúltero y traidor, falso y perjuro,  
¡mil veces infeliz! Los elementos  
lucharán encontrados en su daño  
y sufrirá torturas del Averno.

»Cuando, sordo a la gracia, los placeres  
deja de la virtud por los terrenos,  
anhelando caricias pasajeras,  
no contempló las llamas de aquel furor

»que sin fin arderán, ni el repetido  
transcurso de los siglos duraderos  
que en el caos profundo y tenebroso  
de eternidad cruel es un momento.

«¡Maldición! ¡Maldición! El lugar santo  
libre de los profanos y perversos  
reciba el homenaje religioso  
de corazones castos y sinceros.

»Mas, ¡ah!, tanta hermosura me conmueve,  
ablanda mis entrañas su embeleso,  
y la prudencia... la piedad exigen  
en circunstancias tales el secreto.

»¿Qué fuera de sus gracias y atractivo?  
¡Oh! ¿Qué fuera del ángel de ojos negros  
que sacudiendo sus pintadas alas  
se refugió a las rocas del desierto?

»¡Desdichada! ¡No sabe que estos sacos  
horror profesan a su débil sexo  
y que las tristes súplicas no ablandan  
al claustro inexorable y justiciero!

»Y el corruptor de su beldad... ¡Infame!  
En mal hora la luz del firmamento  
alumbró sus delitos horrorosos  
y secundó sus planes el infierno.

»En mal hora pisara los altares  
con sacrílego pie; terrible agüero  
presidía a sus votos y sus labios  
al duro corazón infieles fueron.

»El vestido sagrado y penitente,  
que cubre del Altísimo a los siervos  
mal esconde al hipócrita en sus planes,  
mal del traidor disfraza los intentos.

«Salvarlos del peligro que amenaza  
mi compasión exige; pero, acerbo,  
de la conciencia el grito me intimida  
y aparta la ternura de mi pecho.

»¿Yo cómplice de atroces desvaríos?  
¿Encubridor de lúbricos excesos  
y de torpes caricias prohibidas  
al pie de los altares del Eterno?

»¡Jamás, jamás! La religión me manda  
atajar unos males lastimeros  
y al dormido pastor que nos dirige  
excitar del letargo y grave sueño.

«Ricardo es criminal: una hermosura  
se encierra en la estrechez de su aposento,  
no es dudoso el traidor, sufra tus iras  
quien despreció tu gracia, Ser supremo.»

Dijo; y oyó una voz que así clamaba  
por el lóbrego y triste cementerio:



«Mil veces la crueldad títulos toma  
de rígida virtud y santo celo».

Pero sordo el asceta a tales voces,  
a los prodigios de las tumbas ciego,  
dejando aquel recinto pavoroso,  
se presentó al abad del monasterio.

Pidió su bendición humildemente,  
postróse sobre el duro pavimento  
y, obtenido el permiso del prelado  
con triste compunción alzó del suelo,

«Podéis hablar a un cariñoso padre  
(díjole el superior, llamado Arsenio),  
que no sólo el oído a vuestras penas  
sabr  prestar, sino el sensible pecho.»

«Belial, exclamó el monje; al mundo sólo  
no quiere inficionar con su veneno;  
allí la seducción tiende sus lazos  
en mil resbaladizos lisonjeros.

Profanar nuestros claustros religiosos,  
derrocar la virtud de su alto asiento  
y arrancar las columnas del santuario  
logró por fin el adalid soberbio.

«Mientras estoy labrando de un sepulcro  
con el férreo azadón el hondo seno,  
de Ricardo en la celda retirada  
una mujer hermosa y joven veo.

«Undulaban sus trenzas , sonreían  
con un vivo carmín sus labios bellos  
y sus ojos errantes disipaban  
de la virtud austera los consejos.

»Admiré su hermosura; descubrirla  
rehúsa el corazón por el aprecio,  
mas la virtud me anima en tal conflicto  
y lo declaro a vuestras plantas puesto.»

Las bien pobladas cejas agravaba  
el irritado abad en tal momento,  
con sus fijas miradas indicando  
la admiración y audacia del suceso.

Tras un largo suspiro, que arrancaba  
más que el justo dolor fatal despecho,  
para dar su respuesta a nuevas tales,  
rompió de aqueste modo su silencio:

«En la virtud de mis amados hijos  
descansaban las ansias de mi celo;  
pero si mi bondad fue despreciada,  
producirá el castigo otros efectos.

»Alabo vuestra heroica confianza  
y la revelación os agradezco,  
mas sobre todo importa en este lance  
Un sigilo especial, y os lo encomiendo,

»porque si se trasluce el extravío,  
padecerá el decoro y el respeto  
que tienen a la túnica sagrada  
de nuestra madre Religión los pueblos.

»Pronto en un calabozo sepultado  
pagará el criminal su osado empeño;  
os doy mi bendición, y retiraos,  
que lo que Dios inspire, aquello haremos.»

### XIII. LA INHUMANIDAD 1

No teme tormento  
Quien ama con fe.  
Si su pensamiento  
Sin causa no fue;  
Habiendo por qué,  
Más valen dolores  
Que estar sin amores.  
—JUAN DEL ENCINA

De rapaces milanos perseguida,  
paloma enamorada  
en vano el vuelo fatigó rendida  
por selva dilatada,  
porque ni sus dolores  
ni el ampo de su nieve  
del enemigo aleve  
calmaron los rigores.

«No puedes separarte de mis brazos»,  
gritaba en la clausura,  
estrechando a su amante en fuertes lazos,  
la tímida hermosura.  
Pero sayones fieros  
al amador ataban,  
y de ambos sofocaban  
los ayes lastimeros.

---

«¡Oh, mujer infeliz! ¿Qué temerario  
(Arsenio le decía)  
te abrió del penitente solitario  
la reclusión sombría?  
¿Por dónde osó tu planta  
pisar la fortaleza  
que a femenil belleza  
negó la virtud santa?»

Y Ormesinda; «¿Ignoráis quién ha podido  
llevarme a estos lugares  
do el hombre temeroso y compungido  
se acoge a los altares?...  
¿Y cuándo la fiereza  
de déspotas y reyes  
conocerá las leyes  
que dio naturaleza?

»¿Vos que con crueldad a un inocente  
mandáis atar las manos  
y abrigáis bajo un manto penitente  
rencores inhumanos,  
queréis oír lecciones  
que sólo conocieron  
aquéllos que obtuvieron  
sensibles corazones?...

»Volvedme aquel tesoro por quien vivo.  
Dejad vuestros rigores  
y por vez primera sed compasivo,  
calmando mis dolores.  
¿Probasteis la dulzura,  
la dicha verdadera  
del que el afán modera  
de ajena desventura?

»Sabed que el conductor de mi osadía  
ha sido el dios vendado,  
cuyos gustos, placeres y alegría  
el cielo os ha negado;  
del acueducto horrible  
pisé la larga senda  
para que el claustro aprenda  
Que amor es invencible.»

«¡Qué horror!, dijo el abad. Tu plan odioso  
las furias inventaron;  
sí, las hijas del Érebo espantoso  
sus alas te prestaron  
y sobre el raudo aliento  
de airados aquilones  
llegaste a las prisiones

que tiene este convento.

»¿Cómo cabe en un pecho delicado,  
de peregrina gracia,  
orgullo varonil, valor no usado  
y el colmo de la audacia?  
¿No imponen a tu pecho  
ni el precipicio horrible,  
ni este lugar terrible,  
ni el acueducto estrecho?

»Yo sé apreciar tu noble atrevimiento:  
saldrás por donde entraste  
y con la libertad te dé el contento  
la senda que pisaste.  
Sin estas condiciones,  
en este lugar santo  
eterno será el llanto  
y eternas tus prisiones.»

«¡Monstruo!, le respondió la prenda hermosa  
del mísero Edelberto.  
el áspid en la yerba más frondosa  
se finge tal vez muerto;  
con vil hipocresía  
queréis cubrir en vano  
de un corazón villano  
la infame tiranía.

»Para buscar al dulce amado mío  
no es mucho que me diera  
mi cariñoso afán todo aquel brío  
que necesario fuera;  
por darle algún consuelo  
dejé las regias salas;  
hállele, y de mis alas  
paróse el raudo vuelo.

»Sois cobarde, sois vil, si habéis juzgado  
que el ceño me intimida;  
un corazón enamorado  
padece, mas no olvida.  
Yo no vestí ese manto  
que apaga el sentimiento  
y, amando su contento,  
desprecia ajeno llanto.

»Día vendrá... (los cielos lo juraron)  
los pueblos abatidos,  
que vuestro recio yugo soportaron,  
alzando sus gemidos,  
os llamarán traidores  
y lobos disfrazados,

con pan alimentados  
de ajenos sinsabores.

»Un tiempo, como dioses en la tierra  
el hombre os adorara;  
os recibió con paz y disteis guerra  
que al mundo ensangrentara;  
teníais en los labios  
de paz el nombre santo  
y el corazón en tanto  
nutría sus agravios.

«Escondeos, que son ya conocidos  
el fin y los intentos  
que de santa apariencia revestidos  
abrigan los conventos:  
son la columna fuerte  
del duro despotismo,  
son centro de egoísmo  
y el caos de la muerte.

»Burla el mortal vuestro exterior ungido,  
pues de virtud y cielo  
os formáis un pretexto fementido  
para adquirir el suelo;  
sepulcros sois hermosos  
de mármoles labrados.  
que tienen concentrados  
gusanos asquerosos.

«Vuestras moradas quedarán desiertas,  
desiertos los hogares,  
en destrucción las resonantes puertas,  
sin culto los altares;  
y búhos lloradores,  
en el nocturno espanto,  
entonarán su canto  
por vuestros corredores.

»Yo sufro vuestras iras, me privasteis  
del cariñoso amante  
a quien por triste lucro profesasteis  
en infeliz instante.  
Y en vano el cielo airado,  
opuesto a tantos males,  
mostraba en sus señales  
horror y desagrado.

»Volvedme sus caricias lisonjeras,  
volvedme sus amores,  
no encierren estas tristes madrigueras  
cruelles robadores;  
pues os llamáis virtuosos,

pues os llamáis hermanos.  
sed buenos, sed humanos.  
sensibles y piadosos.

»El código sagrado y respetable  
de nuestra moral pura,  
en sus divinas máximas amable,  
respira amor, ternura;  
protege al desvalido  
defiende la inocencia,  
prohíbe la violencia  
y ampara al afligido.

»¡Oh, ministros de paz! Mirad la senda  
que os marca en el madero  
el que su sangre presentó en ofrenda  
cual tímido cordero;  
sus males tan prolijos  
mirad, y sus dolores...  
¿Serán perseguidores  
sus siervos y sus hijos?»

«¡Basta!, clamó el abad. Es el delirio  
de tu querer impuro  
quien ciega tu razón, y con martirio  
agita el pecho duro;  
tan sólo el sacramento  
de humilde penitencia,  
curada la dolencia,  
te puede dar contento.

»Porque, falta de luz vivificante,  
el alma desdichada  
que la gracia perdió, con paso errante  
tropieza en la emboscada,  
y el bárbaro enemigo,  
que anhela la victoria  
robándole la gloria.  
prepara su castigo.

»Pero tu corazón, inficionado  
con máximas impías,  
necesita un remedio prolongado  
de dolorosos días;  
buscaste en el santuario  
el hondo y ciego abismo.  
Olvida el nombre mismo  
de un vil, de un temerario.

»Sus lazos son de cielo; si ha podido  
romperlos neciamente.  
¡Ay de su corazón empedernido,  
perjuro y delincuente|...

¿Podrá débil despecho  
de mujeril encanto  
robar al cielo santo  
la posesión de un pecho?

»Ya no le verás más: es su delito  
quien causa su tormento.  
El Eterno en sus iras ha proscrito  
tan atrevido intento.  
¡Ah! Tiembla... Te alucinan  
perversas sugerencias...  
Sacrílegas pasiones  
te vencen, te dominan.

»La santidad del claustro profanado  
por la venganza clama.  
Ha visto en su recinto consagrado  
arder funesta llama;  
y el hijo de Citeres  
hollando la clausura,  
alzó su pira impura  
de lúbricos placeres.

»¡Oh, Ricardo infeliz, ¡acerbo llanto  
no borra tu extravío!  
Nutrió la religión bajo su manto  
un viborezno impío  
que, en su nevado seno,  
sus iras concentrara,  
y en él depositara  
mortífero veneno.

»Pero ya se reserva a tu locura  
el premio merecido:  
Que sea tu mansión mazmorra oscura,  
cilicios tu vestido,  
las penas tu alimento  
las lágrimas tu suerte  
y el frío de la muerte  
tu gusto y tu contento.»

«Guardad, guardad sus juveniles días,  
interrumpió la hermosa:  
Por los primeros gustos y alegrías  
que madre cariñosa  
libara en vuestros besos,  
gozando las primicias  
de plácidas caricias,  
dulzuras y embelesos.

«Salvadlo, por piedad: es inocente;  
si el claustro profanado  
la sangre reclamó del delincuente,

yo soy, él no es culpado;  
herid, que al golpe crudo  
de acero fulgurante  
se ofrece un pecho amante  
de obstáculos desnudo.

»Él vivía en el claustro silencioso.  
del mundo ya ignorado  
pero no de mi afecto cariñoso.  
Que, siempre desvelado,  
ansiaba sus ternuras  
para estrechar los lazos  
en sus amantes brazos  
tras largas desventuras.

»Busqué la soledad; inaccesible  
muralla se oponía;  
pero ¿qué tuvo amor por imposible?  
¿Quién vence su porfía?  
Al silbo de los vientos  
recorro aquella altura  
que el término asegura  
de todos mis intentos.

»Ved si falta el valor a la que pudo  
sufrir duros afanes  
y, amparada de amor con el escudo,  
burlar los huracanes;  
sólo débil me miro  
para escuchar las voces  
que dan labios atroces  
contra aquel bien que admiro.

»¡Lo arrancáis de mis brazos!... ¡Inhumanos  
¿Dó están vuestras bondades?  
¿Aprendisteis acaso a ser tiranos  
en estas soledades?  
¿Acaso desterrados,  
cual fieras alimañas  
vivís en las montañas,  
del mundo desechados?

»¡Ah! ¡Término fatal a mis pesares  
pondrá la amarga suerte!  
Ormesinda, tú hallaste en los altares  
a un tiempo vida y muerte,  
un suspirado amigo  
y un déspota sangriento;  
dulzuras y tormento,  
delicias y castigo.»

Calló; sus bellas lágrimas caían  
cual desatadas fuentes,



mientras amargo cáliz le ofrecían  
los hados inclementes.  
Los bárbaros sayones  
a su amador cercaban  
y al seno lo llevaban  
de lóbregas prisiones.

Mirada de furor (terrible agüero)  
sobre la que lloraba  
lanzó el abad, y su ademán severo  
desdichas anunciaba;  
con ímpetu atrevido  
salió ciego de enojo  
y aseguró el cerrojo  
del cuarto reducido.

#### XIV. EL VENENO

En un retrete en que apenas  
Se divisan las paredes,  
Porque su lóbrega luz  
A la oscuridad excede,  
Estaba un sol que se puso  
Antes que el alba saliese,  
Que las nubes del rigor  
Sus rayos y luz detienen.  
—ANÓNIMO

El ángel de la muerte negras alas  
batió en la noche sobre el techo erguido  
del triste y retirado monasterio;  
tras su vuelo siniestro repetía  
el cárabo importuno su gemido,  
mientras las anchas bóvedas corría  
la palidez mortal acompañada  
de lívidas tristezas  
y pánicos temores  
que marchitan las cándidas bellezas  
cual sirio abrasador naciesen flores.

¿Qué será de tus plumas vagorosas,  
paloma del Mondúber 2 delicada?...  
Del fiero halcón tu misma donosura  
las corvas garras y el furor incita,  
con sangre mancillar tu nieve pura  
verdugo de las aves solícita;  
y no veo que tengan tus amores  
asilo fuerte y compañero amado  
que pueda con su agrado

---

cambiar en alegrías tus temores;  
tu vuelo es débil, tu enemigo duro,  
tu pico arrullador y cariñoso,  
sanguinolento el suyo, corvo, impuro.  
El cielo riguroso  
No defiende ni ampara tu inocencia.  
Triunfará sin duda la violencia,  
Y tu trance fatal será seguro.

A deshora se corren los cerrojos  
De la mísera estancia donde yace  
Ormesinda en su afán; sus tristes ojos  
agotaban las lágrimas ardientes,  
quejándose en la infausta desventura  
del rigor de los hados inclementes.  
¿A quién se dolerá de su tormento?...  
Sólo testigos son ingratos seres  
que en el rincón de un lóbrego convento  
como virtud abrazan la dureza,  
se niegan para siempre a la ternura,  
llaman al egoísmo fortaleza  
Y a su inacción felicidad, ventura.

Colmada taza a la infeliz presenta  
ministro de las iras del tirano  
con exterior benéfico y humano;  
la víctima de amor no se alimenta  
sino de acerbos lágrimas que vierte;  
pero a malvadas súplicas se inclina  
y el cáliz del sepulcro y de la muerte  
agradece a la astucia viperina.  
¡Desdichada mujer! Letal ponzoña  
recibes por piedad... ¡Ay, Dios!, contempla  
que la mano del pérfido temblando  
indica su delito,  
que un verdugo con hábito bendito  
el más temible don te está alargando.  
Al labio aplica la funesta copa  
y sus heces mortíferas apura...  
¡Oh malograda y joven criatura,  
no para tal desdicha te formara  
el supremo Hacedor linda y amable,  
orgullo de tu sexo y dulce encanto!  
No para respirar tan breves días  
te dio a la luz tu madre con dolores,  
sino para formar las alegrías  
de la tropa gentil de los amores...  
¿A quién fue permitido agravio tanto?

El traidor, como sierpe que ha mordido  
y desliza por piedras y maleza  
para buscar su tenebroso nido,  
salió de aquel lugar; le precedía

sombra infernal, atroz remordimiento  
desgarraba su pecho con fiereza,  
y el pie dudoso con temor movía  
por el sólido y terso pavimento;  
el sonido de lúgubre campana,  
que marcaba del tiempo la carrera  
para el ángel de amor la vez postrera,  
resonando en la bóveda sagrada,  
anunciaba la muerte y su llegada.

Siente duro y letal desasosiego  
la triste prisionera  
y, como si abrigase vivo fuego  
dentro del corazón, se desespera;  
lucha contra el volcán que en sus entrañas  
débiles al incendio embravecido  
ejercita las furias más extrañas  
con un grave dolor no conocido;  
es el mísero lecho potro duro  
erizado de espinas vengadoras,  
y do vuelve su rostro hermoso y puro,  
do reclina los miembros fatigados,  
encuentra sin cesar llamas traidoras,  
penetrante aguijón, fieros cuidados.

Eterno ser, que en las terribles alas  
del furioso aquilón sientas tu trono,  
y que con faz benigna, cuando place  
a tu inmenso poder, en fiel bonanza  
mudas la tempestad que se deshace;  
Tú, que eres de los justos la esperanza,  
¿por qué, Señor, los ayes y gemidos  
de la víctima triste no escuchabas?  
¿Y por qué tus altares ofendidos  
osó pisar sacrílego tirano?  
Dios de la majestad, ¿en dónde estabas?  
¿Quién pudo detener tu justa mano?

¡Mísera!... ¡En abandono!... ¡Sin testigo!...  
Privada de las lágrimas que arranca  
el malogrado fin de la hermosura  
a toda humana y débil criatura,  
¡Pasarás a los reinos del olvido!  
El viejo inexorable está esperando  
tu espíritu sutil y sombra errante;  
no por ofrenda rica o ruego blando  
se detiene su barca un solo instante  
y, aunque te brinda del elíseo coro  
almo placer jamás interrumpido,  
pierde el mundo tu gracia y tu decoro,  
que es la dicha mayor que ha conocido.

A la fuerza tenaz de los dolores

no puede resistir su tierno pecho;  
sus labios no brindaban seductores  
los besos del cariño regalado:  
con un lívido sello se cerraron,  
después que de Ricardo pronunciaron  
el nombre idolatrado;  
nombre dulce y cruel a la memoria,  
encanto del amor y origen suyo,  
grato y feliz en amorosa gloria,  
cuando el cielo piadoso lo quería,  
pero amargo cual hiel en la agonía.

Como en las olas de agitados mares  
moribundos se ocultan los reflejos  
del día que acabó, sus bellos ojos  
se esconden para siempre entre pesares  
y aborrecen la luz que les dio enojos;  
luceros do el amor se retrataba,  
do sus secretos la pasión leía,  
a mirar con ternura acostumbrados,  
¿quién os robó el fulgor que os adornaba?  
¿Quién la gracia que tanto os distinguía  
entre los más hermosos y adorados?  
Luceros, si acabáis, caos profundo  
de noche tenebrosa  
es lo que debe recelar el mundo  
después de vuestra ausencia dolorosa.

Yo vi caer, al golpe vigoroso  
de rústica segur en los jardines,  
rosa primaveral que se nutría  
con llanto de la aurora en la alborada;  
vi al alumno de Marte belicoso,  
que de lauros eternos se cubría,  
tronco yacer por enemiga espada  
en la florida edad, sin que los gustos  
probase del amor; pero a mi llanto  
faltaba solamente el desconsuelo  
de ver el fin de celestial belleza,  
ver al ángel del Edén que abandonaba  
la corrupción del miserable suelo  
y al Olimpo y al mundo en la tristeza.

Para siempre dejó las soledades  
del claustro aterrador de dios vendado,  
Y el lugar de sus dichas ocuparon  
el horror que de sustos se alimenta,  
las furias que sus sierpes despertaron,  
el crudo afán y el roedor cuidado;  
En el Olimpo, el Padre omnipotente  
mostró con ceño su divina frente,  
meditó la venganza en sus arcanos,  
el tiempo prefijó; del sacro templo

temblaron las columnas elevadas  
y, enseñando piedad a los humanos,  
se apagaron las lámparas doradas.

La intranquila maldad sólo esperaba  
que su postrero respirar lanzase  
la víctima infeliz, para que al seno  
de los sepulcros lóbregos bajase,  
y escondiese su mármol el veneno;  
y como el tigre hambriento se apresura  
su presa a devorar, si los rugidos  
del libico león han resonado,  
manda el abad que honrosa sepultura  
se dé a los tristes miembros consumidos  
en lugar oportuno y retirado,  
esparciendo la voz que, con la muerte,  
quiso vengar la Majestad divina  
el agravio que al claustro santo y fuerte  
hizo aquella hermosura peregrina.

Convoca la campana con sus ecos  
al místico escuadrón de religiosos,  
que salen de sus celdas retiradas  
cual en los días de abril hermosos,  
se tiende por campiñas dilatadas  
enjambre de abejas susurrantes  
en busca de las flores  
que brindan con sus plácidos olores.

Precediendo la cruz enarbolada,  
marchan en larga hilera  
entonando su cántico de muerte.  
Es su voz funeral y lastimera  
semejante al sonido de los euros  
al combatir los pinos elevados.  
Sigue Arsenio con pasos medidos  
presidiendo la grave comitiva,  
cerca del ataúd do mustia yace  
la flor de la hermosura  
para no gozar más del aura pura;  
pero terrible y formidable acento,  
opuesto del abad a los deseos,  
relumbrando en los claustros del convento,  
grita a los religiosos: «¡Deteneos!».

## XV. EL AÑO VEINTE

Libertad, libertad sacrosanta,  
Nuestro numen por siempre serás:  
Puedes vernos morir en tus aras,  
Mas gemir en cadenas, jamás.  
– HIMNO PATRIÓTICO

Yo vi caer, oh dulce patria mía,  
de tu cuello infeliz duras cadenas,  
yo vi lucir tan suspirado día,  
cuando tres lustros acabara apenas.

¡Sagrada libertad! ¡Risueño encanto,  
tras que se lanza juventud briosa,  
mi débil musa te rindió su canto  
en su infancia feliz y venturosa!

¡Hija de la razón! ¡Hija del Cielo!  
Al repetir tu nombre los valientes  
suena su grito por el ancho suelo  
y ciñe el lauro sus gloriosas frentes.

Asaz de luto y de pesar profundo,  
el despotismo atroz a duros males  
logró arrastrar y envilecer al mundo  
a merced de las horcas y puñales.

La sangre de inocentes ciudadanos  
anheló el opresor; sangre vertieron  
los ministros de pérfidos tiranos  
y con humana sangre se nutrieron.

¡Ay del que ha sucumbido a sus dolores  
que no puede decir en su alegría  
hay patria, libres hay: temblad, traidores;  
ya sucumbió la infame tiranía.

¡Sombras de alto renombre! En nuestra gloria  
levantáis la cabeza de la tumba,  
para escuchar los ecos de la gloria  
que en los osarios cóncavos retumba,

Y clamáis en tan plácido momento:  
«Pueblos, oíd: de libertad sagrada  
virtudes y valor son el cimiento;  
si conserváis unión, no temáis nada».

El despotismo muerde en su despecho  
el suelo que infamó; como serpiente  
que pació mala hierba, torpe pecho  
arrastra en su martirio lentamente.

Se postran y fallecen a su lado  
la hipocresía vil que su semblante  
de máscara mentida ha despojado,  
la ignorancia y el crimen arrogante.

Arde en las almas de entusiasmo el fuego

y, al claro son de músicas festivas,  
suben los nombres de Quiroga y Riego  
al alto Olimpo con alegres vivas.

Mansiones del dolor do los tiranos  
ejercieron la bárbara tortura,  
abrid en par los senos inhumanos  
de vuestra tenebrosa sepultura.

Habite vuestro horror aquel mezquino  
que iguala, si no excede, a crudas fieras,  
el déspota del Turia cristalino,  
que, aguzando el puñal, encendió hogueras.

¿Lo veis? Sí son: los sabios, los valientes  
salen de las mazmorras ignoradas,  
y las bellas preparan a sus frentes  
el mirto con las rosas delicadas.

¡Salud, héroes, salud! ¡No siempre el Cielo  
permitió la maldad y los delitos!  
Hoy sois de Iberia celestial consuelo;  
ya libres respiráis, no sois proscritos.

Cual entre humildes yerbas medra y crece  
en todo superior el lirio hermoso,  
así por sus trabajos resplandece  
entre todos un viejo generoso:

Es Edelberto... ¡Oh Dios!... Mísero anciano.  
Tú recibes aplausos y loores,  
pero del hado infiel la cruda mano  
te prepara la hiel de los dolores.

Esa espada que ciñes en tal fiesta,  
cual premio de un valor tan conocido.  
¡Oh, cuán triste ha de ser! ¡Oh, cuán funesta  
al claustro y a un prelado fementido!

Su principal cuidado es informarse  
de la salud de su Ormesinda. ¡Ay, triste!  
¡Cuán próximo se ve a desesperarse  
al saber que en Gandía ya no existe!

Que con la fiel Elvira, abandonando  
de los paternos lares la morada,  
al valle de Lulén<sup>3</sup> fue caminando  
en busca de una dicha deseada.

Edelberto suspira tristemente;  
el volar de los euros es muy lento

---

<sup>3</sup> Valle del monasterio de Portaceli (Nota del Autor).

a su amor paternal, y no consiente  
un instante vivir en tal tormento.

Oprime al alazán que, sofocado  
por los acicates punzadores,  
salvó la selva y extendido prado,  
igualando a los dardos voladores.

De su curso tan rápido y ligero  
la cartuja fue el término prescrito,  
mientras que se internaba el caballero  
con prontitud por el lugar bendito.

Era, pues, la ocasión en que entonaban  
los monjes su plegaria de amargura,  
y en ataúd abierto se llevaban  
los restos de la cándida hermosura.

«¡Teneos!, les gritó. Mas, conociendo  
del corazón la prenda idolatrada,  
a sus inertes brazos fue corriendo,  
que no podían darle su lazada.

«¡Hija!, exclamó; ¿qué pena te ha robado  
a mi amor y a la luz del claro día?  
¿Quién tu bello semblante ha marchitado?  
¿Eres ya del sepulcro y no eres mía?

»¿Qué, no escuchas la voz del que te nombra?  
¿Desconoces de un padre la ternura,  
a cuyo arrimo y adorada sombra  
creció tu edad, tu encanto y tu hermosura?

»¡Ah, mármol a mis quejas, no respondes!...  
¿No merece mi afán una mirada?  
Luz de mi pensamiento, ¿dó te escondes?  
¿Quién te pone en mis brazos tan mudada?

»No ha sido permitido a mi desvelo  
tu aliento recoger cuando espirabas...  
¿Sin contar con mi amor dejas el suelo?  
Mírame cual un tiempo me mirabas.»

Y vuelto al que la pompa presidía  
de aquella ceremonia dolorosa,  
con furibundo enojo le decía  
ante la comitiva numerosa:

«Responded, ¿quién ha puesto en vuestras manos  
esta doncella ilustre? ¿Qué rigores  
de los hados crueles e inhumanos  
dieron muerte a mis plácidos amores?»



«La inclinación a un joven religioso  
ha guiado al recinto misterioso,  
Arsenio contestó; su pie maldito:  
quien su muerte causó fue su delito.»

«¡Monstruo!, dijo Edelberto. Pues mi acero  
la tuya causará; tal recompensa  
de tu necio furor y orgullo fiero  
de Ormesinda infeliz vengue la ofensa.»

Relámpago fugaz brilló su espada  
para esconderse en el impuro pecho  
del hipócrita abad, que una mirada  
lanzó de execración y de despecho.

Cayó al golpe su mole ponderosa  
como en la verde selva con ruina,  
socavada por hacha vigorosa,  
se viene abajo la frondosa encina.

Su herido corazón sangre lanzaba,  
con ella el frío suelo se teñía,  
su túnica con sangre se manchaba  
y el alma atroz tras ella despedía.

Cual a la vista del halcón que asoma  
como sombra sutil bajo una nube  
huye y tiembla la tímida paloma,  
que incauta por el aire el vuelo sube.

Abandonan los monjes al prelado;  
el ataúd, la cruz, las hachas dejan  
y, buscando su albergue retirado,  
en el trastorno general se alejan.

Busca Edelberto el alazán brioso  
y, al alejarse, exclama en desconsuelo:  
«Lugar do al ángel se quitó el reposo,  
ya no te llamarás Puerta del Cielo».

Mas no sólo una víctima segura  
quiso inmolar Arsenio fraticida:  
hambre cruel, en la mazmorra oscura,  
a Ricardo infeliz quitó la vida.

¡Oh, mísero! Tus males lastimeros  
los contará quien cuente las arenas  
del anchuroso mar o los luceros  
de las noches tranquilas y serenas.

Mi musa, en vez del canto apetecido  
al recordar tu dolorosa historia,  
exhala triste y funeral gemido,

olvidando los lauros de la gloria;

En mal punto llegaste a los altares,  
en mal punto abrazaste como hermanos  
ajeno de tener tantos pesares,  
hombres desconocidos e inhumanos.

Privado de una madre encantadora,  
fuiste flor que ha nacido en el desierto  
privada de la lluvia bienhechora,  
que espera un fin desventurado y cierto.

De un padre el ignorante fanatismo  
te condujo al altar, que a tus dolores  
fue cual profundo y tenebroso abismo  
y la tumba fatal de tus amores.

Consumido, infeliz, triste y doliente,  
ensayaste cilicios, apuraste  
el rigor más austero y penitente;  
pero tu dulce amor nunca olvidaste.

Su dardo agudo en tu interior clavado  
llevaste al sepulcro, al miserable lecho.  
Al altar y al sepulcro deseado,  
que sin amor nunca alentó tu pecho.

Mi afecto te consagra una guirnalda,  
no de lozanas y vistosas flores,  
sino de adelfa y funeraria gualda,  
como cuadra también a mis dolores.

## XVI. LA EXPULSIÓN

Quédate a Dios, agua clara,  
Quédate a Dios, agua fría,  
Y quedad con Dios mis flores,  
Mi gloria que ser solía.  
—ANÓNIMO

Cumplido que fue el tiempo que fijan los hados  
y nadie revoca su ley eternal,  
sus duros oídos mantiene cerrados  
a súplicas tristes la suerte fatal.

¡Oh muros! ¡Oh claustros, morada de muertos!...  
ordenan los padres del pueblo y la ley  
que vuestros hogares se queden desiertos,  
sin jefe tirano, sin mísera grey.

El joven novicio, que anhela los gustos,

bendice el decreto, se juzga feliz;  
el débil anciano, cercado de sustos,  
del mundo engañoso recela el desliz.

Hay quien atribuye tal golpe a la suerte,  
quién quiere que sea celeste rigor  
venganza debida de Arsenio a la muerte;  
quién culpa a Ricardo, quién culpa al amor.

En un aposento se escuchan gemidos,  
sollozos y llanto, conflicto cruel;  
alegres aplausos sin fin repetidos  
resuenan no mucho distantes de aquél.

El último abrazo se dan los ancianos.  
sus trémulos labios repiten adiós:  
Mas otros, uniendo las candidas manos  
se marchan alegres, ya cuatro, ya dos.

Desean los unos volver a los brazos  
de un padre querido, cercano a espirar.  
Los otros suspiran por dulces abrazos  
de madre amorosa que anhelan lograr.

Padece aquel triste que, solo en el mundo.  
no tiene quien pueda calmar su dolor,  
do quier que se vuelva, de abismo profundo  
contempla desdichas y tétrico horror.

Aquel que está libre de votos odiosos  
retrata sus dichas con grato pincel;  
cercado se mira de niños hermosos,  
que pagan sus mimos con ósculo fiel.

Un tímido monje llamado Benito,  
más puro que lirios y blanco jazmín,  
paloma sin mancha del claustro bendito,  
que vive en el suelo como un serafín,

Besando la tierra que vio tantos años  
su místico celo, su vida ejemplar,  
temiendo del mundo los pérfidos daños,  
ya tiene por suerte gemir y llorar.

Al Cielo levanta sus lánguidos ojos,  
no puede aquel sitio dejar y partir,  
le presta su llanto por tristes despojos  
y, vuelto al convento, comienza a decir:

«¿Y cómo cantamos, Señor, tu alabanza  
en tierras extrañas y ajena mansión?...  
perdiendo tu apoyo, perdió su esperanza,  
de luto se viste tu esposa Sión.

»Después que libraste tu pueblo escogido,  
¿por qué le ocultaste tu plácida faz?  
El suelo de Egipto profano y perdido,  
¿podrá, Dios eterno, volverle la paz?

»Mirad aquel árbol de fruto sangriento  
que al mundo redime de su ingratitude;  
si nuestros delitos merecen tormento,  
la sangre del justo nos preste quietud.

»Tus hijos suspiran con llanto de muerte,  
sin culto se muestran tu templo y tu altar;  
templad los enojos, Dios santo, Dios fuerte.  
Y el hombre en las aras se vuelva a postrar.

»La Iglesia, tu esposa, dejó su vestido  
de luz y de gloria, de pompa y honor;  
su plácido rostro, su pecho oprimido  
sufrieron escarnios después del dolor.

«¿No ves que destruye tu herencia querida,  
con bárbaro orgullo soberbio Luzbel?  
¿No ves cómo llora tu plebe afligida?  
¿Desprecias su llanto, su súplica fiel?

«¡Oh! Cesen tus iras y, tras noche oscura,  
veamos sin niebla tu cándida luz,  
pues tanto merece la víctima pura  
que expira por todos, clavada en la cruz.

»¡Oh, muros amados do alegres mis días  
en prácticas santas he visto correr!  
el fin ha llegado de mis alegrías,  
de célicos gustos, de grato placer.

»Señor, mis suspiros, mi llanto, mis penas  
mudar en delicias podéis sólo vos,  
si es vuestro mandato que sufra cadenas,  
a Dios grato asilo de altares, a Dios;

»A Dios, lecho mío, quietud silenciosa,  
pobreza del claustro, cilicio y sayal;  
a Dios para siempre morada dichosa,  
origen fecundo de gloria inmortal.

»Pomposos frutales, que a próspera mano  
debéis vuestro medro, frescura y verdor,  
temed los insectos, temed el verano,  
la falta de linfa, del sirio el ardor.

»Tal vez despojados de adorno frondoso,  
seréis el traslado más puro y más fiel

del que os abandona, perdido el reposo,  
con llanto en los ojos, con pena cruel.»

Continuos sollozos la voz embargaban  
del monje afligido, del santo varón;  
empero, a sus votos los cielos negaban  
un rayo mezquino de consolación.

Reñían los vientos y nubes funestas  
la luz ofuscaban del rayo solar  
que, oculto a los prados y verdes florestas,  
detrás de los montes venía a expirar.

De todos los monjes que tiene el convento  
tras súplicas tales, el último fue  
que, viendo perdida su gloria y contento,  
del claustro desvía su trémulo pie.

## XVII. EL SEPULCRO

Ya las sombras habita  
De los elíseos el bosque,  
Llorad, Venus hermosa,  
Llorad, dulces amores.

### INARCO

Hay un lugar sombrío y retirado  
en medio de los montes del desierto,  
do los céfiros bañan sus alitas  
en claras linfas de remansos frescos.

Aquí con más dolor y más ternura,  
ensaya filomena sus gorjeos  
y, entre menudas guijas, clara fuente  
cruza en mil giros el fecundo suelo.

Del sirio abrasador al rayo activo,  
toldos oponen de ramaje fresco  
árboles que susurran en sus hojas  
el atrevido embate de los euros.

Hay cueva deliciosa do las ninfas,  
que temen a los sátiros ligeros,  
se acogen por huir de sus halagos,  
impuras manos y lascivos besos;

Hay frescura y quietud, hay limpios baños  
de vena pura y regalada dentro;  
de yedra se entretejen las paredes  
y son de negro mármol los asientos.

Al pie de un sauce que lloroso inclina  
de sus pomposas ramas los extremos,  
un sepulcro sencillo se levanta,  
propio para el amor, si hubiese muerto:

De Ormesinda y Ricardo desgraciado,  
yacen en él los infelices restos,  
colocados por manos cariñosas  
de la sensible Elvira y de Roberto.

¡Oh manes sacrosantos! Si en la vida  
os desunió la infamia y el despecho,  
en la callada y misteriosa tumba  
os volvió la amistad los lazos bellos;

Y mientras flores de matices varios  
sirven de adorno a los despojos vuestros,  
las sombras amorosas van vagando  
por la mansión de los felices reinos.

Allí ríe una eterna primavera;  
de la madre coman no rompe el seno  
luciente reja del arado duro,  
que con pausa arrastraron bueyes lentos,

porque produce sin algún cultivo  
frutos hermosos de sabor diverso  
y flores lindas que jamás ajaron  
con soplo vengador airados cierzo».

Valles de mirtos, cuya fresca sombra  
protege los narcisos duraderos,  
adornan los lugares de las dichas  
que jamás el dolor encontró abiertos.

Los héroes inmortales en tal sitio  
los gustos gozan del amor primero  
al lado de sus prendas adoradas,  
de celos tristes y de afán exentos.

A Ormesinda, los dioses prepararon  
distinguido lugar y trono excelso,  
debido a su hermosura y a la llama  
que alimentara en su sensible pecho.

Helena, hija de Jove, y Heloísa  
este supremo honor reconocieron,  
cual justa recompensa a los dolores,  
cual premio digno de esforzado intento.

¡Oh candorosa Elvira!, tus amores  
miró con más ternura el alto cielo;

tú naciste feliz, mas tu señora  
después que abandonó tus brazos tiernos,

Halló los del amor un sólo instante,  
para apurar el cáliz más acerbo  
y cerrar a la luz del claro día  
inocentes y fúlgidos luceros...

Tus lágrimas hermosas de su tumba  
son el mayor adorno y el trofeo,  
ellas nutren sus flores olorosas,  
ellas apagan su calor sediento.

La esposa de Titón tu llanto mira  
cabe el túmulo infausto y lastimero,  
y llorando, te dejan en la tumba  
del moribundo rayo los reflejos.

Llora, que nada pudo hacer tan triste  
la fortuna mudable, el hado adverso,  
que no encuentre en las lágrimas vertidas  
un dulce lenitivo y un consuelo;

Llora, que yo en mis penas no conozco  
bálsamo más dichoso ni remedio  
que anhele el corazón con más ahínco  
para curar los sinsabores fieros.

Yo lloraré también; del sauce hermoso  
la resonante cítara suspendo,  
que herida de los céfiros amantes,  
murmure mi dolor en tristes ecos.